

Índice

2 Editorial

Vida espiritual

3 Construir relaciones afectivas

Padre Grégory Gay, Superior general

7 Carta del 1 de enero 2007

Sor Évelyne Franc, Superiora general

11 Ayuda para el retiro: Las manos de Dios y las nuestras

Padre Javier Álvarez, Director general

15 « *La caridad de Jesús crucificado nos apremia* » Maria de Madre de la Iglesia

a Sierva de todos los hombres

Sor Anne Prévost, Hija de la Caridad

Desafíos actuales

21 Introducción

23 La hospitalidad

Padre Richard McCullen, cm

Actualidad de las Provincias

Nombramientos

32 Visitadoras y Directores Provinciales.

Visita de los Superiores

- 34 Madre Évelyne Franc y Sor Blanca Libia Tamayo, Consejera general: Visita de la Provincia de Venezuela
Sor Bérénice Jiménez, corresponsal de los Ecos

Testimonio de las Hermanas

- 37 Provincia de Siena: 150 años de presencia de las Hijas de la Caridad
Sor Patricia Bin, Hija de la Caridad
- 41 Provincia de África Central: Visita de Sor Juana Elizondo
Sor Christine Ndayisenga y Sor Scholastique Mujawamariya, Hijas de la Caridad
- 42 Provincia de Chelmno : Sor Bárbara Samulowska
Sor Hanna Cybula, Visitadora de Chelmno

Noticias breves

- 58 Obtención para la Compañía del Estatuto consultivo en el Consejo económico y social de la ONU.
- 59 25 años de vocación (Provincia de África Central)
Una luz en la noche (Provincia de Nápoles)

Historia de la Compañía

- 60 Introducción
Sor Claire Herrmann, Servicio de los Archivos

Fuentes y Actualidad

- 62 El oficio de la Cocinera, visto por santa Luisa
Sor Aline Grodziski, Servicio de los Archivos

Especial centenario del nacimiento de Madre Guillemin

- 66 Madre Susana Guillemin, Hija de Dios, Hija de la Iglesia,
Superiora general,
Introducción
I - Susana Guillemin, Hija de la Caridad
Sor Claire Herrmann, Servicio de los Archivos

EDITORIAL 2007

Cada año, con la Iglesia, celebramos el 1° de enero, la fiesta de María, Madre de Dios. A lo largo de los siglos, católicos y ortodoxos, han añadido a su corona de gloria las piedras más preciosas: la Inmaculada Concepción, Virgen toda pura, Nuestra Señora de la Asunción, etc. Pero el diamante más hermoso de su corona, el título más bello del cual nacieron los demás, es sin duda, el otorgado por el Concilio de Éfeso, el 22 de junio del 431: Théotokos, Madre de Dios. Por su sí, la Virgen María es madre de su Salvador: ella acoge la Palabra de Dios; el Verbo se hizo carne en ella.

Perfectamente Madre de Dios por la continua fidelidad a su vocación, es también Madre de toda la humanidad y se interesa por la historia de cada uno de sus hijos. Única Madre de la Compañía, acompaña la vocación de cada Hermana y su servicio cerca de los pobres de este mundo.

Todos los días de este año 2007, María estará presente en la Compañía y derramará sobre nosotras, Hijas de la Caridad, los rayos luminosos de la gracia de Dios:

-Año de gracia porque María nos obtendrá la luz del Espíritu Santo para la Compañía, que entrará pronto en reflexión durante las Asambleas domésticas, con la ayuda de las enseñanzas del Padre Álvarez que encontraremos en los próximos números.

- Año de gracia que verá la beatificación de Sor Lindalva Justo de Oliveira, Hija de la Caridad brasileña: la violencia de su muerte dan testimonio del mensaje de su vida sencilla. Nos acordaremos también de la vida ejemplar de la Madre Susana Guillemin en este año del centenario de su nacimiento.

-Año de gracia, porque los pobres continuaran a evangelizarnos: nos harán cantar las maravillas que Dios realiza en sus vidas y en la nuestra. En la oración, pediremos a María que las jóvenes respondan generosamente a la llamada de Cristo, Servidor de los pobres. Con ellas, nos comprometemos a hacer desaparecer la miseria, la exclusión, el sufrimiento.

Todo comienza de nuevo. Como nos recuerda Sor Évelyne en la meditación de su carta del 1 de enero de 2007 *“La caridad de Cristo crucificado nos apremia”*,

P. GRÉGORIO GAY, SUPERIOR GENERAL

Construir relaciones afectuosas

Conferencia dada en la Casa Madre, el 1 de enero de 2007

Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios. No desoigas la oración de tus hijos necesitados. Líbranos de todo peligro, ¡Oh siempre Virgen Gloriosa, y bendita!

La Iglesia celebra hoy la solemnidad de María, Madre de Dios y es en el contexto de esta fiesta que quisiera, Hermanas, esta mañana, compartirles mis reflexiones.

Estos últimos días navegando por Internet, me impresionó un artículo. Se trataba de una mujer que había colgado una corona en su puerta como signo de protesta contra la guerra en Irak. Las autoridades locales le preguntaron que sentido tenía la corona; la mujer sencillamente respondió que eso era la manifestación exterior de su deseo interior de paz en el Mundo. Los vecinos, murmuraron que colgarlo en su puerta era un signo satánico y antipatriótico. Tuvo que pagar una multa bastante elevada por cada día que la corona estuvo colgada en su puerta.

Hermanas, vivimos en un mundo extraño, en el que, las expresiones y los signos de paz son considerados como símbolos satánicos, donde las personas son castigadas cuando elevan la voz o emprenden acciones que tienen por objetivo promover la paz.

Desde el principio de la guerra en Irak, asistimos a una escalada de violencia y de muerte. Durante los últimos meses del año 2006 hemos sido testigos de la destrucción total causada por los bombardeos en el Líbano por Israel, mientras que las potencias mundiales parecen incapaces de poner término a este combate insensato

Vivimos en un mundo en el que:

- la violencia armada, continua encontrando sus victimas entre los pobres,
- el Sida ha matado alrededor de 2,5 millones de personas en 2006
- las criticas malintencionadas, que interpretan desfavorablemente las palabras y los actos para encontrar faltas y sembrar la división. (Cf. Discurso de Benedicto XVI en la Universidad de Ratisbona).

He tenido recientemente la posibilidad de visitar la república de Cuba. ¡Fue increíble! Parece que todo el sistema gubernamental y su ideología, crean una situación en la cual el pueblo cubano no se beneficia de ningún derecho. Sólo la verdad podrá abrir un camino de libertad en este país.

Este es el mundo en el que vivimos, del que formamos parte. Ejerce sobre nosotros su influencia. Un mundo que nos provoca a la palabra. No estamos únicamente llamados a decir una palabra que sea sencilla y verdad, sino que estamos invitados también a construir un mundo basado en las relaciones llenas de afecto.

Al comienzo de este nuevo año, podemos hacer nuestras estas palabras de Teilhard de Chardin: *“Creo que el mundo es una evolución. Creo que la evolución converge hacia Cristo-Universal...El Mesías, apareció por un tiempo en medio de nosotros, se dejó ver y tocar sólo un momento. Después, se eclipsó, más luminoso e inefable que nunca...Cristo conduce a la humanidad de modo constante y trascendente hacia el Reino de Dios...Debemos esperarle. El Señor vendrá sin tardar si nosotros le esperamos apasionadamente.*

Teilhard, el filósofo, nos da de manera poética su definición de la esperanza. Ante este mundo en el cual vivimos, estamos llamados a mantener viva la esperanza, la esperanza de que la vida vale la pena vivirla y que hay un futuro posible. Estamos llamados a guardar viva la esperanza que nuestra misión y servicio son instrumentos de salvación en el seno de la Iglesia y para el mundo, particularmente para los pobres y los que sufren.

La madre de Dios, está en relación permanente y especial con El que llevó en sus entrañas. Modelo de la humanidad, Maria nos enseña a convertirnos en más humanos y a dar testimonio de lo que esto significa en el mundo de hoy. Ella nos

invita a todos a participar en la obra de la creación¹. María no debe ser considerada únicamente como un maravilloso ejemplo del pasado, sino como una presencia activa en medio de nosotros.

¿Cantamos el Magnificat porque María lo cantó un día? ¿O cantamos hoy con María las maravillas de la acción de Dios en la vida de los hombres? Como María no glorificamos únicamente al Señor de nuestros labios, sino que estamos llamados a comprometernos para toda nuestra vida al servicio de la justicia de Dios. María como testigo vivo de la gracia de Dios y de nuestra esperanza en Cristo, puede ayudarnos a construir un mundo de relaciones afectivas. Ella es la que en el silencio y en el recogimiento, vela sobre los acontecimientos y lleva en la fe, el sufrimiento. En el episodio cuando Jesús se queda en el Templo y a pesar del reproche hecho a su incompreensión inicial, María se compromete en un camino de fe más profunda.

La esperanza se mantiene y la vida tendrá sentido si solamente en la base nos esforzamos continuamente en cuidar nuestras relaciones. Como Hijas de la Caridad, en sus líneas de Acción Inter-asambleas, 2003-2006, les invitan a esto de múltiples formas. Con el fin de revitalizar sus relaciones, ustedes están llamadas a ir más allá del camino recorrido, dar un nuevo sentido a su vida espiritual, estando siempre atentas al Espíritu que trabaja en la vida de los pueblos y en los acontecimientos del mundo.

Están también invitadas a intensificar su colaboración con los laicos, la Familia Vicenciana y otros grupos a través de proyectos concretos y a largo término. Están animadas a crear comunidades alegres donde se acepta la diversidad como un enriquecimiento que da lugar a la participación, a la corresponsabilidad y a la subsidiariedad a todos los niveles².

Construir relaciones fraternas en el seno de la comunidad, exige

- Una práctica verdadera de la sencillez, de la humildad y de la caridad,
- Un diálogo e intercambios vividos con respeto y bondad.
- La discreción, la prudencia.

¹ *Mary, Grace and Hope in Christ*, 21

² Líneas de Acción, Pág. 6-7-, relación y misión

Para no faltar a la sencillez, a la humildad y a la caridad, preguntémonos antes de hablar de otra Hermana en comunidad:

*¿Por qué es importante para mí hablar de esta Hermana con otra persona?

*Lo que voy a decir de ella, ¿afirmará o atentará a su dignidad?

*¿Estaría yo contenta de oír hablar de mí de la misma forma?

Construir un mundo de relaciones fraternas, significa que hay que comenzar en su comunidad local.

Debemos reflexionar a menudo sobre lo que decimos a los demás y lo que decimos de los demás. Busquemos siempre decir palabras constructivas y así damos gloria a Dios.

Por lo que se refiere a nuestras relaciones con los pobres, estamos llamadas a desarrollar continuamente el arte de servirles, un arte que está fundamentado en el amor. Por eso, están invitadas a intensificar su cercanía de vida y de corazón con los pobres.

Algunas personas tal vez no comprendan su vida de servicio, pero rezo para que su testimonio sea interpelante para las jóvenes que deseen compartir su vida de servicio, de comunidad y de oración.

A modo de conclusión, escuchemos juntos el Testamento de Santa Luisa; es mi oración para cada una de ustedes en el comienzo de este nuevo año 2007:

Mis queridas Hermanas, sigo pidiendo para ustedes a Dios su bendición y le ruego les conceda la gracia de perseverar en su vocación para que puedan servirle en la forma que El pide de ustedes. Tengan gran cuidado del servicio de los pobres y sobre todo de vivir juntas en una gran unión y cordialidad, amándose las unas a las otras, para imitar la unión y la vida de Nuestro Señor. Pidan mucho a la Santísima Virgen que sea Ella su única Madre

Padre G. Gregory GAY, C.M.,
SUPERIOR GENERAL

MADRE E. FRANC, SUPERIORA GENERAL

A todas las Hijas de la Caridad

Carta del 1 de enero de 2007

Queridas Hermanas,

Feliz y santo año a cada una de ustedes. Gracias por sus cartas y mensajes que me han transmitido sus felicitaciones de Navidad y Año nuevo. En ellas me describen con detalle los servicios realizados por su comunidad local, a veces con cierto aire poético y a menudo, con legítimo y humilde orgullo. La lectura de estas cartas me ha emocionado y me ha hecho compartir la alegría de ser de Dios en la Compañía; su amor por nuestros hermanos y hermanas más desfavorecidos y su pena de no poder hacer algo más con ellos y por ellos. He percibido también –y esto procede de todas las Provincias- su indignación ante las injusticias de nuestra sociedad. Un gran deseo de vivir en cercanía con los pobres y en comunión de corazón con ellos, en oposición a la hostilidad y el ambiente superficial de nuestro mundo.

En su mensaje para la celebración de la jornada mundial de la Paz, del uno de enero de 2007, Benedicto XVI describe así la tarea confiada a cada ser humano: *“madurar en su capacidad de amor y de hacer progresar el mundo, renovándolo en la justicia y en la paz”*. Nuestro don total a Dios, nuestra vocación de Hijas de la Caridad nos conducen más lejos aún en esta misma línea: *“el servicio a Cristo en los pobres es un acto del amor —amor afectivo y efectivo— que constituye la trama de toda su vida y que es la expresión por excelencia del «estado de caridad»*. (C.24 a). Es igualmente el plan de vida que nos propone el lema escogido por santa Luisa: *la Caridad de Jesucristo crucificado nos urge*.

Quisiera centrar mi carta de felicitación de este año en el significado de nuestro lema. Ustedes saben que en este año 2007 vamos a iniciar el camino que nos llevará a la Asamblea general de 2009. Van a vivir sus Asambleas domésticas en 2007 y parte del 2008; después sus Asambleas provinciales en el año 2008 y por

último, la Compañía celebrará su Asamblea general en el año 2009. Me parece importante que todas abordemos estas Asambleas con un espíritu nuevo, ¡aunque se trate de nuestra octava Asamblea doméstica! Pienso que una reflexión sobre nuestro lema, puede prepararnos.

Santa Luisa escogió un símbolo que contenía lo esencial de su experiencia de fe: un corazón rodeado de llamas en el que destaca Jesús crucificado. Lleva en torno esta leyenda:

La Caridad de Jesús crucificado nos apremia.

Desde 1643 este sello y este lema acompañaron las cartas de santa Luisa. La Compañía continúa utilizando el sello y el lema desde esta época. Pero para nosotras, ¿qué representan? ¿Una herencia del pasado que respetamos o un símbolo valioso con el que nos sentimos identificadas y que nos lanza al servicio de nuestros hermanos y hermanas desfavorecidos? Hoy, ¿qué nos dice este lema? ¿Cómo se encuentra plasmado en nuestros documentos actuales?

La Caridad de Jesús crucificado... es el fundamento de nuestra vocación; es sabernos amadas por el Señor, llamadas a testimoniar con nuestras Hermanas en comunidad este mismo amor y sentirnos enviadas para que los pobres puedan hacer esta experiencia.

La Caridad de Jesús Crucificado

- *“les hace amar a Dios con todo su ser,*
- *favorece y mantiene la comunión entre las Hermanas,*
- *las apremia a servir a los pobres y a contribuir a que toda persona realice su vocación de hijo de Dios, sin distinción de raza, cultura, condición social o religión”* (C.18c).

La Caridad de Jesús crucificado es fuente e inspiración de nuestra vida de fe, de nuestro servicio y de nuestra vida fraterna en común. Es un amor que se alimenta y se fortalece en *“la Eucaristía, centro de nuestra vida y de misión, encuentro esencial, cada día, con Cristo y los hermanos, en la escucha de la Palabra, en la comunidad reunida”* (Cf. C.19 b,c,d).

La Caridad de Jesús crucificado, es *“la pasión por Jesucristo que nos hace ir hacia los Pobres con audacia, compasión, creatividad”* (Líneas de Acción). La Caridad de Jesús Crucificado nos compromete a mirar la realidad y a acogerla como lo hizo Jesús: *“Del Hijo de Dios aprenden las Hijas de la Caridad que no hay miseria alguna que puedan considerar como extraña a ellas”* (C.11.a).

La Caridad nos estimula a afrontar la realidad con una mirada nueva, amable, llena de esperanza: *“Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita”* (Deus Caritas est, nº 18).

Este año 2007, año de las Asambleas domésticas, es para toda la Compañía una nueva gracia, una llamada del Señor a avanzar en la fidelidad al carisma desde la imaginación de la caridad, con un estilo nuevo, un ardor y una esperanza que se apoyan en la fidelidad de Dios, en la Caridad de Jesús crucificado que nos apremia.

Deseo que estas Asambleas nos ofrezcan la oportunidad de pensar juntas en sencillos gestos proféticos. Estos mostraran que nuestro corazón vive del amor de Cristo, se ha dejado coger por El y que nuestra vida es de El y para El, de los pobres y para los pobres. Gestos proféticos que manifiesten nuestra forma de vivir la misión, en cercanía con los pobres, en una acogida humilde, que no excluye a nadie, en una gratuidad silenciosa que da todo y no desea nada a cambio. Gestos proféticos que hablen de Dios y conduzcan hacia El, desde un estilo de vida sencillo y pobre, lejos de las seducciones del confort y de lo que Benedicto XVI llamaba *“la insidia de la mediocridad, del aburguesamiento y de la mentalidad consumista”* en su mensaje a los representantes de la vida consagrada en el pasado mes de mayo en Roma.

Necesitamos vivir en comunión con Jesús para atrevernos a realizar tales gestos proféticos, para acoger este nuevo soplo, de forma que nuestro ser y nuestro actuar procedan de El.

“En la oración escuchamos los deseos de Dios, nos perfeccionamos, tomamos fuerzas para resistir a las tentaciones y nos robustecemos en nuestra vocación; finalmente, allí es donde nuestra alma tiene la dicha de poder hablar de corazón a corazón con Dios” (San Vicente, 31 de mayo de 1648. CEME, Pág. 303).

Seremos capaces con la fuerza del Espíritu, de afrontar las inclemencias de nuestra época, el cansancio de la vida diaria, las peligrosas enfermedades del desencanto y del individualismo. Con el impulso del Espíritu, nuestro corazón se inflamará cada vez más en el amor de Jesús crucificado.

Permítanme volver al año 2006 para agradecerles la acogida a las Consejeras generales y a mi misma durante nuestras visitas a sus Provincias. Han sido ocasiones para alabar al Señor de la Caridad por tantos testimonios de alegría y de fe. Quiero también subrayar otros acontecimientos que han marcado el año 2006: las reuniones (Encuentro de Directores provinciales recién nombrados, Encuentro Inter-Asambleas de Visitadoras), acontecimientos misioneros (comienzos en Tanzania, envíos a la Misión Ad Gentes); la comunión de todas en el sufrimiento de las Hermanas y de los pobres que tienen que hacer frente a una violencia cada vez más encubierta (en varios países de África, América latina y las Islas Caribe) y también con las personas que han sido probadas por las catástrofes naturales (en Indonesia, Filipinas, Vietnam, India).

Doy gracias igualmente por las celebraciones que marcaron el bicentenario del nacimiento de santa Catalina y el centenario de Madre Guillemin. El año 2007, nos traerá el gran gozo de la beatificación de Sor Lindalva Justo de Oliveira en Brasil.

En este comienzo de año, dirijo una súplica a María pidiéndole que nos acompañe y nos disponga a vivir a la escucha del Espíritu, las Asambleas domésticas. Es el Espíritu quien nos invita a explorar caminos nuevos con el equipaje de la humildad, la sencillez y la caridad.

Concluyo haciendo mía esta oración del Santo Padre Benedicto XVI en su mensaje para la jornada de la Paz de este año: *“Que María nos enseñe en su Hijo el camino de la paz, e ilumine nuestros ojos para que sepan reconocer su Rostro en el rostro de cada persona humana, corazón de la paz”*.

Con todo afecto y la seguridad de mi oración,

Sor Évelyne FRANC
Hija de la Caridad

PADRE J. ÁLVAREZ, DIRECTOR GENERAL

Ayuda para el retiro mensual

Las manos de Dios y las nuestras

“Si quieres, puedes limpiarme, dijo el leproso. Jesús, sintiendo lástima, extendió la mano y lo tocó”

(Mc 1, 41)

Dios no está ausente de la vida, aunque con frecuencia su silencio desconcierte. Otras veces, sin embargo, notamos tan fuerte su presencia que nos hace exclamar: “¡Aquí está la mano de Dios!”. Puede ser su mano derecha, que regala directamente la gracia. Puede ser su mano izquierda, que la regala igualmente, pero de forma más indirecta e inesperada. Algunas veces se la percibe de manera apabullante. Por poner ejemplos conocidos: ¿no fue la mano de Dios quien salvó a Pedro de las aguas abismales y le introdujo en la barca segura? (cf. Mt 14, 24-33). ¿No fue la mano de Dios quien derribó a Saulo en su loco camino y le condujo a la fe? (cf. Act 9, 1-35). ¿No fue la mano de Dios quien le indicó a Vicente de Paúl el camino de los pobres? ¿No fue la mano de Dios la que movió a Juan XXIII a abrir las puertas y las ventanas de la Iglesia?

LAS MANOS DE DIOS

Para acercarnos a Dios se nos permite utilizar la imaginación. La Sagrada Escritura lo hace con mucha frecuencia. Por eso son tan numerosas y variadas las imágenes que allí podemos encontrar. Hablar de las manos de Dios es hablar, sobre todo, de su acción creadora y providente. “*Todo esto lo hicieron mis manos*” (Is 66, 2), exclama el Señor el séptimo día de la creación. Con respecto al ser humano, Dios se presenta como el alfarero que crea al hombre a su imagen y semejanza: “*Entonces el Señor Dios modeló al hombre de arcilla del suelo*” (Gén 2,7). Si cambiamos de perspectiva, es una gran suerte para el ser humano poder sentirse en el hueco grande de las manos de Dios (cf. Jer 18,6; Sab 3,1). Condición

indispensable para ello será que el barro tome conciencia de la identidad del alfarero, es decir, cada uno de nosotros.

San Ireneo de Lyon también se aproxima a la Trinidad desde la imaginación. Para él, Dios Padre tiene dos manos: Jesucristo y el Espíritu Santo. Son manos que liberan, regalan, bendicen y salvan. Así como decimos que Jesucristo es el rostro de Dios porque en Él se manifiesta Dios espléndidamente, también podemos decir que Jesucristo es la mano de Dios porque, a través de Él, actúa el Padre poderosamente. En el Evangelio las manos de Jesús socorren, curan, reparten, oran, bendicen...Y todo ello en nombre de Dios Padre.

LAS MANOS DE LAS HIJAS DE LA CARIDAD

1. Deben ser manos unidas.

“Cristiano es el que da la mano, ha dicho Charles Péguy. Si algunas quedan fuera del corro, esas manos no son las de Jesucristo. Tendrán otra marca, responderán a otros intereses, trabajarán para otros amos. En sintonía con San Vicente, podemos ensayar esta definición, no convencional: *“Comunidad es el arte de darse la mano”*. Porque hay diversas maneras de dar la mano, todas bellas, evangélicas, samaritanas. Una de ellas es levantar al hermano caído. Cuando se hace eso, entonces se puede rezar el salmo 112: *“Él levanta del polvo al desvalido...para sentarlo entre los príncipes”*. La mano puede ir directamente a sostener al hermano débil. *“Los robustos –dice San Pablo- carguen con los achaques de los endebles”* (Rm 15,1). A veces, se requiere sólo presencia acompañante para que nadie se sienta solo. *“Al que te requiera una milla, acompáñale dos”* (Mt 5, 41). Así, con generosidad. Las manos también tienen que saber recibir porque nadie es tan pobre que no pueda dar algo, ni tan rico que no necesite de los demás. El juego de dar y recibir se llama compartir y se lleva a cabo en la Comunidad. *“Acogeos mutuamente, como el Mesías os acogió para honra de Dios”*, advierte San Pablo a los que viven en comunidad (Rm 15,7). Ninguna de estas actitudes surgirá, ni nadie podrá esperar que las Comunidades se renueven si, previamente, no *“se acoge a cada Hermana como un don de Dios”* (Junto al pozo de Jacob, p. 12).

2. Deben ser manos tendidas y abiertas.

Sacramentales, en el sentido de que nuestra mano tiene que hacer presente la mano de Dios. Lo serán, en tanto en cuanto den y compartan generosamente. Qué

no se cierren avariciosamente, que no retengan lo que necesita el hermano, que no acaricien el tesoro superfluo, que no defiendan propiedades injustas. Así aconsejaba Dios al Antiguo Pueblo: *“Si hay algún pobre junto a ti, de entre tus hermanos..., no endurezcas tu corazón ni cierres la mano a tu hermano pobre, sino ábrele tu mano...”* (Dt 15,7-8). Abrir la mano es lo mismo que abrir el corazón al pobre.

San Vicente ha explicado muy detalladamente que el pobre es sacramento de Dios. Añadimos nosotros que todos los vicencianos debemos ser un sacramento de Jesucristo para el pobre. Son dos acciones recíprocas. Esto último nos exige una unión íntima con Jesucristo, una compenetración progresiva con su ser y su actuar. En definitiva, es toda nuestra vida la que debe ser cristificada. Lo conseguiremos si *“el amor de Dios se derrama en nuestros corazones por el Espíritu Santo”* (Rm 5,5). Es así como llegaremos a ser la mano amiga de Dios, la mano buena y cariñosa de Dios, la mano fuerte y liberadora de Dios.

CÓMO TENDER LA MANO

Si tender la mano es algo nuclear al Evangelio y esencial a nuestra vocación vicenciana, el estilo, el cómo hacerlo no es menos importante. *“Como Yo os he amado”*, nos dice Jesús (Jn 15,12). Hay que dar la mano:

Humildemente, sin envanecerse ni pedir aplausos, sin dar importancia a la obra que se realiza. *“Tú, en cambio, cuando hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha”* (Mt 6,3). Nada de trompetería. Humildemente, porque no se debe humillar a los pobres. No hay que ir de arriba abajo, sino de abajo arriba, como *“señores nuestros que son”*. Más aún, *“haciéndonos perdonar la ayuda que les ofrecemos”*, que diría San Vicente.

Generosamente, con una generosidad sin límites, sin regateos, con *“una medida buena, apretada, remecida, rebosante”* (Lc 6,38). Jesucristo, sabemos, lo dio todo y se dio del todo, sin medida. *“Conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por nosotros se hizo pobre”* (II Cor 8,9).

PARA LA ORACIÓN PERSONAL

Se puede meditar sobre la imagen bíblica de las manos de Dios (Cf. Jer 18, 1—1; Sab 3, 1-11).

Las manos de Dios son mi refugio, mi “templo”, donde puedo-debo depositar los miedos, las angustias, las dificultades, los frenos...De esta meditación he de salir liberado porque verdaderamente estamos en las manos de Dios.

Manos unidas.

Como dice la canción: “Para hacer esta muralla, tráiganme todas las manos, los negros sus manos negras, los blancos sus blancas manos...” ¿Mis manos construyen o destruyen, recogen o desparraman, acarician o golpean, abren o cierran...? ¿En qué puedo “echar una mano” a mi comunidad?

Manos abiertas, tendidas.

¿Cómo están mis manos: cansadas, heridas, encallecidas, animadas, esperanzadas...para el servicio? ¿Para quiénes son necesarias mis manos? ¿Qué necesitan mis manos para seguir sirviendo a los pobres?

Padre Javier ÁLVAREZ, CM
Director general

LLAMADOS TODOS A LA SANTIDAD

« *La caridad de Jesús crucificado nos apremia* »

María de Madre de la Iglesia a
Sierva de todos los hombres.

Introducción

Estos tres últimos años, nos han permitido sumergirnos más en el misterio del dogma de la Inmaculada Concepción (150 aniversario de la promulgación del dogma), de las apariciones de 1830 (175 aniversario), de la vida de Catalina Labouré (bicentenario de su nacimiento). El 27 de julio de 2007, celebraremos **el 60 aniversario de la canonización de Sor Catalina Labouré**: una santidad tan discreta y tan extraordinaria en medio de un servicio de pobres impregnado por la Caridad de Cristo crucificado. Nos imaginamos, sin dificultad, su vida en comunión profunda con la Virgen María a lo largo de toda su vida; sus notas de retiro, dan testimonio y subrayan el sitio de María al pie de la cruz: “*María está allí, de pie, al pie de la cruz; está en Cenáculo con los Apóstoles. Espera en silencio la venida del Espíritu. ¡Toda una lección! María es nuestro ejemplo...Oh María, haced posible que yo os ame y no será difícil de imitaros*” (1841). El 27 de noviembre de 1830, Catalina ya había entrado en este misterio a través de la visión del reverso de la Medalla: “*la letra M coronada de una Cruz y debajo, los Sagrados Corazones de Jesús y de María*”, uno coronado de espinas y el otro traspasado por una espada.

Esta última etapa de la visión es de una gran importancia para nosotros porque ella sitúa a María en profunda comunión con Cristo Redentor: a la vez como su Madre y como la “Sierva del Señor”. En el evangelio, san Juan muestra María al pie de la cruz, revela este misterio de unión estrecha entre la madre y el Hijo y la nueva misión a la cual la invita en el corazón mismo de la Iglesia naciente.

Si María es ahora la Madre de la Iglesia, es también, según san Vicente, el modelo de la Hija de la Caridad invitada a acoger a ejemplo de María, el don de « *la caridad de Jesús crucificado* », para continuar a Amarle y Servirle en la persona de los pobres. ¿No podríamos parafrasear el lema de las Hijas de la Caridad

aplicándolo a la Virgen María: « *La caridad de Jesús crucificado apremia a María a convertirse en Madre de la Iglesia, Sierva de todos los hombres?* » Abramos nuestro corazón y toda nuestra persona al Amor del que María es la viva imagen. Con el Espíritu que habitó el corazón de María, releamos a la luz de la Cruz algunos acontecimientos de su vida y descubramos como la caridad la apremió a colaborar cada día en el Proyecto del amor de Dios por los hombres hasta convertirse en la Madre de la Iglesia, sierva de todos los hombres.

ALGUNOS MOMENTOS IMPORTANTES DE LA VIDA DE MARÍA A LA LUZ DE LA PASIÓN DE SU HIJO.

En la escena de **la Anunciación**, presentimos que el misterio de la Anunciación está ya unido al de la cruz; uno explica el otro, uno se enraíza en el otro. María dice al ángel: “*soy la esclava del Señor, que se cumpla en mí según tu palabra*”. Esta frase significa un acuerdo profundo, un deseo, un sí venido del corazón; revela también un espíritu de sacrificio: aceptó el abandono de su proyecto para abrirse al de Dios; María es sólo ofrenda virginal, disponible a aceptar su misión de Madre de Dios. El “sí” de María implica la orientación de su vida entera según Dios y ratifica de antemano, todas las elecciones de Cristo, de Belén hasta la cruz.

El texto de la Anunciación no es un texto a parte, no es el relato de un acontecimiento absoluto en sí mismo, revela lo que fue la vida de María hasta la Cruz y el Cenáculo. En su cántico de alabanza, María canta magníficamente la acción de Dios sobre ella y el mundo, siendo siempre la humilde esclava. Será sólo al pie de la Cruz cuando comprenderá en profundidad lo que eran las “grandes obras de Dios”.

El empadronamiento llevó a María y José, de Nazaret a **Belén**: unos cien kilómetros. José encuentra un sitio tranquilo al borde del camino, lejos de su familia, en medio de extranjeros. Desde el nacimiento de Jesús, el hogar de María está abierto a los transeúntes, a los pobres como a los grandes. María sólo empieza la larga serie de sus asombros; medita todos estos acontecimientos en su corazón. El Señor ¿la prepara a sus espaldas a la misión universal que la espera: acoger a todos los hombres como hermanos de su hijo, sus propios hijos?

Tras la agitación entorno al nacimiento, encuentra la vida ordinaria de **Nazaret** y la fidelidad a las pequeñas cosas de la vida. María es únicamente sierva, siempre sierva. Guarda esta facilidad de no cesar nunca de pensar en Dios estando cerca de las humildes realidades de la tierra. Conoce las pequeñas cosas buenas de cada día: *“el niño progresaba en sabiduría y en talla; tenía el favor de Dios y de los hombres”*. Comparte también la monotonía de la banalidad de los días y el cansancio de los gestos que se repiten cada día. No pensemos demasiado rápido que la vida en Nazaret fue idílica. Así durante **el episodio en que Jesús permaneció en el Templo**, a pesar de su actitud constante de acogida y apertura, María prueba la dificultad y acepta que el misterio de Dios se manifiesta de forma distinta a lo que ella esperaba. *“¿No sabéis que me debo hacer los asuntos de mi Padre?”* Los exegetas afirman que esta página del evangelio constituye una mediación anticipada de la pasión de Cristo. Jesús permite que sus padres hagan la experiencia de la incomprensión, del dolor de los que buscan al Señor y no lo encuentran. Estamos aquí ante el misterio del silencio de María: silencio humilde que no hace preguntas, estará silenciosa al pie de la cruz. La expresión *“al cabo de tres días”* representa los tres días de la pasión y de la muerte de Jesús. Es sólo al pie de la Cruz cuando María comprenderá en profundidad cuales son *“los asuntos de su Padre”*

Dieciocho años pasan en silencio. El Evangelio no dice nada. Jesús fue a la orilla del Jordán a encontrar a Juan y hacerse bautizar por él. En casa, María continua meditando y pidiendo al Espíritu de ser lo que Dios quiere que sea. Invitada a una bodas en Caná una pequeña aldea muy cercana a Nazaret. La profundidad de los símbolos contenidos en el relato de **las bodas de Cana**, es imposible traducirlo con palabras. Esta boda es símbolo de otra boda, la última que Cristo selló con la humanidad con su sangre en la cruz cuando su *“hora”* llegó. Caná es el comienzo de los signos con los que Jesús *“manifiesta su gloria”*; también es el anuncio del único y definitivo *“tercer día”*, el de la Pascua: si Cana es un comienzo, la Pasión será el beneficio. Y el beneficio de la cruz es el comienzo de la Iglesia. María por el sitio que ella ocupa, juega un papel clave en la simbología del relato. No se la llama María, sino *“la madre de Jesús”*. Diciendo *“mi hora no ha llegado todavía”*, Jesús expresa que él no actúa sobre su deseo sino ante la sola voluntad del Padre. La *“hora”* en san Juan, es siempre la hora de la Pasión/Resurrección. Sólo el Padre conoce *“la hora”* y decide. María no responde a la pregunta de Jesús, pero ella comunica a los sirvientes lo que es ser creyente: *“Haced todo lo que él os diga”*. Sin haber visto, porque Jesús no ha hecho ni dicho nada, se abre a la disponibilidad incondicional y cree.

Durante los años de la vida pública de Jesús, María no cesará de meditar en su corazón todas estas palabras misteriosas oídas desde la Anunciación, sabiendo bien que ellas la llevan a la voluntad de Dios y que un día las entendería.

María también tropieza con las múltiples dificultades de la vida: rechazo de Jesús por las gentes de Nazaret (Lc 4,28), desconfianza que manifiesta su parentesco con respecto a Jesús (Mc 3, 20) etc. El alma de María es atravesada por la espada hasta lo más profundo, porque todo el mal hecho a su Hijo le atañe. Sin embargo, María continúa su camino en comunión con su hijo hasta su pasión.

MARIA AL PIE DE LA CRUZ

Al pie de la cruz, María unida a Jesús, siempre ocupado “*con los asuntos de su Padre*”; comulga con el don que él hace de su vida. Los ojos fijos en Jesús que muere revelando así hasta donde llega el amor del Padre; María entra en la profundidad de este misterio de caridad que aún ignora. Fue traspasada por la caridad de Jesús crucificado: “*Perdónales, no saben lo que hacen*”. Del mismo modo que se habla de la kénosis de Cristo, podemos hablar del desprendimiento de María. Al mirarla, Jesús puede medir el consentimiento total de su madre al don que hace de él mismo, dejándose inmolar en la cruz. Los símbolos del reverso de la Medalla, redicen con profunda sencillez el misterio de comunión de Jesús y de María. “*Los dos corazones lo dicen todo*”, repetía Santa Catalina

En la hora en que Dios revela al mundo la última palabra de su obra, María, que tenía la costumbre de conservar en su corazón todas las palabras de Jesús, está preparada para entender el secreto más profundo de Dios y responder. Rota por dentro, María no duda en abrir sus manos para dar a su Hijo lo que necesitaba. Su corazón se abre sin reserva a estas palabras: “*Mujer, he ahí a tu hijo*”. En ese mismo momento, la humilde Sierva del Señor, que había aceptado ser la madre del Salvador, acepta ser la humilde Sierva de la caridad de su Hijo hacia sus discípulos.

MARIA EN EL NACIMIENTO Y EN EL CORAZÓN DE LA IGLESIA.

Cuando el sufrimiento la hubiera podido encerrar en ella misma, María se abre a ese parentesco nuevo entre ella y Juan, más profundo que el de sangre; se

convierte en madre de Juan, madre de la Iglesia naciente: Juan es su hijo, todos los hombres son sus hijos. Su corazón de madre doliente, es llamado a abrirse a una maternidad nueva, tan grande como el mundo.

La vida de María cerca de Juan, se convierte muy deprisa en la vida con los apóstoles y los discípulos. María descubre que puede amar a Jesús a través del rostro de todos sus hermanos. Desde ese momento, María está presente en el corazón de la Iglesia. Los apóstoles reunidos en la sala *“eran asiduos a la oración, con algunas mujeres, entre las cuales, María, la madre de Jesús”* (Hch, 1, 14). El texto sitúa a María en último término, después de “las mujeres”. San Bernardo ve ahí toda una enseñanza: si María se la nombra la última, porque ella se situaba en el último lugar, para ser la sierva de todos, pero es la primera en imitar a su Hijo, es además, la mejor lección que puede dar a los discípulos, el testimonio habla siempre más que la palabra.

En el Cenáculo, en oración con María, los discípulos que participan en la fe de María, se convierten en “apóstoles”. Con ella, aprenden a guardar todas las palabras de Jesús en su corazón, a acoger el don del Espíritu, se dejan quemar por el fuego del Amor crucificado. En Pentecostés, “la caridad de Jesús crucificado los apremia” a testimoniar el amor infinito de Dios por los hombres. Los apóstoles están encargados de construir el Cuerpo de Cristo. Esta construcción no es el hecho de su poder de convicción o de seducción. En principio ellos no comunican un mensaje o una doctrina; transmiten la caridad de Dios.

A MODO DE CONCLUSION

Al darnos a María como única Madre de la Compañía, los Fundadores nos invitan a mirarla, para aprender de ella a conocer mejor a su Hijo, a leer “en el Libro de la Cruz” cuanto nos ama Jesús, a acoger siempre su caridad. María es el recuerdo vivo de la misión en su esencia: comunicar, difundir, transmitir la Caridad de Dios. Con ella, los fundadores se dejaron iluminar desde dentro; habitados por la Caridad de Dios, sus actividades, sus servicios y toda su vida manifestaron la Caridad de Jesús crucificado, el amor ardiente de su Corazón deseoso de un gran deseo de inflamar la tierra y transformarla en una zarza ardiente.

Que María, Adoradora del Padre, Servidora de sus designios de amor, Madre de misericordia, nos enseñe también a servir a nuestros hermanos y hermanas pobres con esta Caridad infinita de Jesús crucificado. Entonces nuestro servicio será cada vez más la obra de un Dios que se hizo por amor Servidor hasta la muerte y la muerte de cruz con el fin de liberarnos a todos.

Sor Anne PRÉVOST
Hija de la Caridad

DESAFÍOS ACTUALES

Introducción

En el transcurso del año 2006, la sección «Desafíos actuales», nos ha ido presentando una serie de reflexiones que sostuvieron el encuentro internacional de Hermanas al servicio de los emigrantes. Durante el año 2007, esta rúbrica hará eco de los dos encuentros de formación destinados a las personas que están al servicio de la Capilla de la calle del Bac.

Los primeros números de los Ecos, presentaran el tema del primer encuentro: “La Acogida” y en los números siguientes, el del segundo encuentro: “El Discernimiento en la acogida”.

La acogida, forma parte de la pastoral de la Capilla en que la mezcla de gentes y la diferencia entre las generaciones que se suceden es importante. En efecto, la acogida, reúne de una manera o de otra, el programa de la pastoral. Seguramente que la variedad de personas que vienen a rezar a Nuestra Señora de la Medalla milagrosa es muy elevada y su ritmo es rápido. Entonces, es más difícil hacer frente y sobretodo responder a sus expectativas. Los temas de estos dos encuentros, quieren ayudarnos a reunir a las personas en sus realidades familiares, sociales y religiosas y crear condiciones favorables para un encuentro con el Señor. No es posible prever todas las situaciones de acogida pero ante las nuevas, con las que se encuentra la persona que acoge, pide una constante adaptación. Además, para los sacerdotes, las Hermanas y los voluntarios que están al servicio de la pastoral de la Capilla, se trata de recordarles que acogen a las personas “en nombre de la Iglesia”. Esto es una exigencia que todo cristiano debe tener en su vida de relación.

La sección “Desafíos Actuales” presentará sucesivamente los conferenciantes y los temas que expusieron:

-El **Padre Richard McCullen**: sus conferencias ayudaran a entrar en la dinámica espiritual de la acogida y de la hospitalidad.

-El **Profesor Henri Joyeux** aclarará la noción de la Universalidad de la persona con las formas de vida que modifican nuestras escalas de valores. Situará su

intervención en el ámbito de la vida familiar (Profesor de cancerología y cirugía digestiva en la Facultad de Medicina de Montpellier, Francia; Presidente desde el 7 de abril de 2001 del Movimiento “Familias de Francia”; libre de toda confesión, política, sindical o ideológica).

-El **Padre Joseph-Marie Verlinde**: a partir de sus investigaciones y de su experiencia personal, expondrá como hacer frente al aumento del sincretismo, el apasionamiento por las religiones de Oriente, el relativismo religioso naciente y la proliferación de las sectas. (Doctor en filosofía y en química nuclear, Joseph-Marie Verlinde es también especialista en cuestiones de esoterismo, ocultismo y nuevas religiones. Superior de la fraternidad monástica de la Familia de San José, es profesor de filosofía de la naturaleza y de teología en el seminario).

-El **Padre Pierre Descouvemont** presentará las diferentes actitudes posibles ante la diversidad de religiones y nos hará una reflexión que superará ambigüedades y malentendidos entorno a la fe cristiana, en este tiempo de profundas mutaciones. El Padre Pierre es filósofo, teólogo, predicador de retiros y conferenciante; es autor de unas veinte obras, algunas de las cuales, se han convertido en inevitables en el dominio de la transmisión de la fe católica.

La sección se terminará con una visión de los veinte últimos años desde la encíclica *Redemptoris Mater*.

La hospitalidad

Cuando estaba en el seminario, se nos enseñaba lo importante que era predicar y preparar las homilías. Una de las reglas era: no comiencen por el Jardín del Edén del primer capítulo del Génesis. Ahora voy a romper esta regla e iré mucho más lejos del primer capítulo del Génesis. Déjenme volver a escribir la primera frase de la Biblia y decir: “En el principio estaba la hospitalidad”. Sumergiéndonos en las brumas de la eternidad, gracias a las luces de nuestro conocimiento primero, podemos decir que al principio estaba la hospitalidad, la hospitalidad de Dios. Gracias a la luz de la Revelación, ahora sabemos que cuando celebramos el misterio de la Santísima Trinidad, celebramos que la vida de Dios es una vida de intercambio. Una vida de hospitalidad: el Padre da la hospitalidad al Hijo, el Padre y el Hijo la dan al Espíritu y el Espíritu la da al Padre y al Hijo. Y esto para toda la eternidad. Desde el inicio del Credo, profesamos nuestra fe en el misterio de la Santísima Trinidad.

Con el tiempo, Dios amplió el círculo de la hospitalidad, pues deseó que nosotros, seres humanos, obras de sus manos, lleguemos a gozar de la hospitalidad de esta Trinidad de personas que él disfrutó toda la eternidad. El creó el Cielo y la Tierra y a continuación, a nosotros, los hombres. Para darnos acceso a la hospitalidad de la Trinidad “*Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros*”, (Jn 1,14).”*A todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios*» (Jn 1,12). Todo esto fue posible cuando María de Nazaret consintió en dar la hospitalidad en su seno – en primer lugar en su alma y en su corazón-, a Dios quien por intercesión del Ángel Gabriel le pidió: “*Hágase en mí según tu palabra*»(Lc 1,38). “*Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros*” (Jn 1,14)

La primera experiencia de la hospitalidad, todos la hacemos en el seno de nuestra madre. Lo mismo para el Verbo eterno de Dios quien pidió la hospitalidad en el seno de la Virgen María. De todos los miembros de la especie humana decaída y pecadora, Ella es la que mejor nos puede hacer comprender el significado de la hospitalidad en los bautizados y se encuentra de forma especial en la persona de los pobres.

Es con la Palabra de Dios que nuestra fe cristiana continua pidiendo la hospitalidad en todo ser humano nacido en este mundo. De hecho, podríamos decir que el fundamento de todo apostolado misionero en la Iglesia es el de proclamar la Buena Noticia de la hospitalidad de Dios en el seno de la Iglesia y al final de nuestras vidas, para toda la eternidad, también la hospitalidad en su propio corazón afectuoso. El nos aseguró que « *Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él*”. (Jn 14,23) y en el Libro del Apocalipsis, Nuestro Señor se nos presenta como diciéndonos: “*Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo*”. (Ap 3,20).

¿Se han dado cuenta que a menudo en las parábolas Nuestro Señor insiste sobre lo que nosotros asociamos a la hospitalidad: una comida festiva? Si invitamos a alguien a nuestra casa, inmediatamente le ofrecemos alguna cosa para beber y comer. Esto es lo mínimo de la hospitalidad. Alguna vez alguien dijo que al leer el evangelio de san Lucas, podemos tener la impresión que Nuestro Señor fue de mesa en mesa. Jesús, a menudo aceptó invitaciones a cenar. Es muy probable que él mismo haya recibido alguna vez. Sabemos seguro que en una ocasión memorable, él mismo ofreció una comida a más de 5000 personas. Estoy seguro que ese día, había entre sus huéspedes muchos pobres, enfermos y disminuidos. Está claro que pidió y aceptó con frecuencia la hospitalidad en el hogar de Marta y María.

Si, es una de las grandes verdades de nuestra fe con la que Cristo pide la hospitalidad de nuestros corazones, no sólo en tiempo de Navidad sino todos los días del año. Quizá se acuerdan de la hermosa lectura, sacada del Cantar de los Cantares, propuesta por la Iglesia, algunos días antes de Navidad. El pasaje forma parte de una historia de amor. Se nos presenta al amado como si estuviera fuera de la casa de su amada: “*Vedle ya que se para detrás de nuestra cerca, mira por las ventanas...Empieza a hablar mi amado, y me dice: Levántate, amada mía, hermosa mía, y vente*”. (Ct 2,9-10).

Es una imagen de la relación entre Dios y la Iglesia, entre Dios y el alma individual. Nuestro Señor, a menudo, se dirige a nosotros con las palabras del Cantar de los Cantares: “Paloma mía, en las grietas de la roca, en escarpados escondrijos, muéstrame tu semblante, déjame oír tu voz” (Ct 2,14). Si, es esto: muy a menudo, nos replegamos sobre nosotros mismos, en las grietas de nuestras preocupaciones egoístas; evitamos

la mirada del amable rostro de Cristo y nos hacemos los sordos a su voz. “No os olvidéis de la hospitalidad; gracias a ella hospedaron algunos, sin saberlo, a ángeles” (Hb 13,2).

Cuando las tres personas de la Santísima Trinidad vienen a pedir la hospitalidad en nuestros corazones, no vienen con las manos vacías. Las dos veces que he visitado a la familia vicenciana de Polonia, me ha sorprendido una costumbre que imagino existe aún en otros países. Cuando alguien visita una casa, el invitado lleva un pequeño regalo. Parece ser que en Polonia es típico un ramo de flores. Cuando nuestro Huésped divino se presenta, él aporta también sus regalos. A veces pienso que es una de las verdades más infravaloradas de nuestra fe católica: que toda persona bautizada es en el fondo de ella misma, una morada del Espíritu de Dios. Al leer las dos cartas de san Pablo a los Corintios, -entre ellos había muchos pobres y personas sin educación-, habrán podido apreciar que al menos por seis veces, apenado por las recaídas de sus conversos en la inmoralidad, el Apóstol les pide: ¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo? (1 Cor 4,14 ; 6,19). El día de Pentecostés, la Iglesia saluda al Espíritu de Dios como « Dulce Huésped del alma ».

La convicción que el Espíritu de Dios vive en las profundidades de nuestro ser, para fecundar sus dones y madurar los frutos plantados en nuestras almas, hace decir a Thomas Merton, el conocido escritor cisterciense americano: “Parece ser que no hay ningún modo de hacer comprender a la gente que se pasean radiantes como el sol”. ¡Y sin embargo nuestra fe católica es así! En mi vida, cuantas veces Cristo ha debido soplar a mi oído las palabras dirigidas a la Samaritana en el evangelio de san Juan: « *Si conocieras el don de Dios... Si conocieras el don de Dios...* » (Jn 4,10).

Es una verdad de nuestra fe que el Espíritu Santo aporta dones, siete dones: sabiduría, inteligencia, consejo, fuerza, ciencia, piedad y temor de Dios. Quizá deberíamos cada día, después de la Comunión, pedir al Espíritu de Dios que activase, a lo largo de nuestro trabajo diario, los dones que El nos ha dado.

El Espíritu de Dios, como recuerda San Pablo a los Gálatas, nos enriquece también con frutos: “El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, confianza en los otros, mansedumbre, dominio de sí”. (Gal 5,22-23). Nuestra oración diaria podría ser la de pedir al Espíritu Santo llevar un

nuevo grado de madurez a nuestra caridad, nuestra paciencia, nuestra dulzura y nuestro dominio de nosotros mismos.

La santidad puede medirse en la medida que una persona colabora con el Espíritu Santo, que es el Espíritu de Cristo resucitado. La historia de nuestras vidas será la historia del florecimiento de estos frutos del Espíritu Santo en las actividades de nuestros apostolados. Como miembros de un equipo de animación, están invitados por Cristo resucitado a ser transmisores de los frutos del Espíritu a otras personas en la variedad de servicios que ofrecen a los peregrinos de todos los países y de todas las lenguas. Están llamados a ser sacramentos del Amor de Dios, de su paz, de su paciencia, de su dulzura, de su dominio de sí. “*Vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios*”. (1 Cor 3,23).

Hemos reflexionado sobre esta verdad eterna: que la vida de Dios es una vida compartida; vivir, para la Santísima Trinidad, es vivir para ofrecer la hospitalidad, primero entre ellas y después para ofrecerla a sus criaturas. La segunda gran verdad que hemos contemplado es el hecho de que Dios ha pedido hospitalidad a mi pobre espíritu y a mi pobre corazón. Por el bautismo, yo abrí la puerta de mi corazón a la Santísima Trinidad: Jesús le respondió: « *Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él*”. (Jn 14,23). Si en nuestra toma de conciencia y nuestra estima profundizamos este gran misterio de la hospitalidad que comenzamos a vivir, ofreceremos más fácilmente nuestra hospitalidad a los miembros de Cristo que nos vendrán a solicitarla. En un segundo momento de reflexión, pondremos nuestra atención en algunas consecuencias prácticas de nuestra vocación de ofrecer la hospitalidad a todos los que nos la pedirán. Déjenme concluir con una oración de santa Luisa, tan atenta a la morada del Espíritu de Dios en su alma:

¡Oh Divino Espíritu! opera tal maravilla en este sujeto tan indigno por la unión amorosa que desde toda la eternidad tienes con el Padre y el Hijo... ¡Oh Divino Espíritu! sólo tú puedes hacernos comprender la grandeza de ese Misterio que parece, si se puede hablar así, manifestar la impaciencia de Dios... ¡Oh hombres cegados por bagatelas, y yo más que ninguno! Elevemos nuestro espíritu no por encima de lo que somos en los designios de Dios, porque eso es imposible, sino por encima de nuestra inclinación natural procedente de la corrupción del pecado, para que en todas nuestras acciones podamos honrar a Nuestro Señor por el testimonio que quiere demos de El haciendo las mismas acciones que El hizo en la

tierra, a las que por su amor aplicaré el mérito de las tuyas; queriendo por este medio que todos los cristianos tengan, ya en esta vida, la unión con Dios que El nos ha merecido.

(Correspondencia y Escritos E.98 (A.26) Pág. 809-810).

II – La acogida a los peregrinos

En la zona rural de mi país existe una antigua costumbre: la víspera de Navidad, al anochecer, se pone una vela encendida en una de las ventanas de la casa. Esto es una manera de desear la bienvenida a la Sagrada Familia, por si acaso tuviera que buscar donde alojarse. En efecto, durante la primera noche de Navidad, María y José, tuvieron que hacerlo y no encontraron nada. Esta costumbre de poner una vela encendida en una ventana, ahora se ha extendido a los pueblos y ciudades de nuestro país. Ha sido adoptada en otros. En algunos lugares, sólo forma parte de los adornos de Navidad: se ha convertido en una moda.

Por Navidad, paseando por la calles de Dublín, al ver las velas en las ventanas, me pregunté: ¿Qué pasaría si llamase a una puerta y pidiera una habitación para pasar la noche? Podrían responderme: “¡Oh, Padre, lo siento! No sabíamos que iba a venir. No tenemos ninguna habitación preparada. Puede encontrarla fácilmente en una de estas casas que anuncian “Desayuno y cama”. (En Irlanda, hay particulares que ofrecen a los viajeros y turistas, por un precio modesto, una cama por una noche).

Podría aún preguntarme: ¿Cuál sería la reacción si, con esta demanda de alojamiento, yo me presentara vestido pobremente? Quizá la respuesta podría ser más brusca e impaciente: “lo sentimos! Vaya a uno de esos albergues preparados a propósito para pasar la noche sin pagar. ¡Buenas noches!... ¡Feliz Navidad!” Después podría oírse un portazo seco y fuerte; la vela continua encendida como señal de bienvenida. En lugar de beneficiarme de una bienvenida luminosa y calurosa, habría sido acogido con frialdad...

A nuestro Señor le gustan las palabras “Bienvenida” y “Bienvenido”. Le gusta que la gente sepa –y esto a todos, no sólo a los profetas y a los buenos- que ellos son los bienvenidos cerca de él, todos, sin excepción. San Lucas dijo: *“los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este acoge a los pecadores y come con ellos”*. (Lc 15, 2). Esta es la bienvenida para las personalidades. Vean la

reservada a los hijos : «*Tomando un niño lo puso en medio de ellos y abrazándolo les dijo: “ El que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe; y el que me reciba a mí, no me recibe a mí sino a Aquel que me ha enviado. »* (Mc 9, 36-37). ¿Y nos permitiremos olvidar todo lo que Nuestro Señor predijo para el Juicio Final, en el capítulo 25 de san Mateo: “*era forastero, y me acogisteis*”?

Los dos grandes mandamientos de la Ley, ¿no son un programa para dar la bienvenida? Acoger a alguien como bienvenido, es hacerle a esta persona un sitio en nuestro corazón. Simón, el fariseo, invita a Nuestro Señor a su casa, le ofrece una comida, pero en su corazón no lo mira como bienvenido. Su bienvenida no es sincera y generosa; Nuestro Señor y Simón lo notan. Nosotros también, ya podemos decir palabras amables a la gente que si no dejamos un espacio en nuestro corazón, nuestras palabras suenan vacías: tras la luz de nuestra vela, se esconden la frialdad y la dureza. En cambio, cuando perdonamos las injurias y arrancamos de nuestro corazón todo resentimiento, entonces readmitimos de verdad a la gente en nuestro corazón. Está claro que el mandamiento nuevo de la caridad dado por Nuestro Señor, depende principalmente de nuestro corazón, de la manera como nuestro corazón da la bienvenida a la gente.

Y san Vicente y santa Luisa adquirieron con el paso de los años, una capacidad maravillosa para acoger a la gente, sobretodo a los menos atractivos: los pobres, los marginados, los enfermos, los disminuidos mentales. En su corazón, el espacio no cesó de crecer, de tal manera que no sólo hubo sitio para los pobres, sino también para todas las personas que se esforzaron por mejorar la situación de los pobres. Los dos santos no dejaron de alentar continuamente a otros cristianos y cristianas a unirse a ellos, para ocuparse de cualquiera que tuviera necesidad, aunque fuera un vaso de agua cuando no había nadie más para dárselo. “*Para ello debemos ayudarnos mutuamente*, escribió san Vicente, *soportándonos unos a otros y buscando la paz y la unión; porque ése es el vino que alegra y robustece a los viajeros en ese camino estrecho de Jesucristo. Es lo que le recomiendo con todo el cariño de mi corazón.* (Sígueme, IV, Pág. 254)

Invitar a alguien como bienvenido en nuestro corazón, es practicar la hospitalidad. Cuando nos mostramos hospitalarios, irradiamos el ágape de Dios recibido en nuestro bautismo y llamado a lucir cada vez más gracias a cada uno de nuestros encuentros, en los sacramentos con Cristo resucitado.

Su ministerio aquí, en este centro activo de devoción a la Virgen María y a su Hijo, puede ser comparado a la atmósfera que envuelve el globo de la Tierra. Sabemos que la atmósfera fragmenta la deslumbrante luz blanca del sol y así nos procura la variedad de colores que alegran nuestros ojos. Los carismas y los ministerios en la Iglesia son como la paleta de colores que vemos con nuestros ojos. Muchas veces, durante mis visitas a la Capilla de la calle del Bac, he estado en la tribuna contemplando la marea de peregrinos. Entre ellos, siempre habrá jóvenes y mayores, ricos y pobres, personas de piel blanca y de color. Habrá rostros serenos y otros marcados por la angustia.

Los peregrinos van y vienen, pero ustedes, miembros del equipo de animación, se quedan aquí, para irradiar el amor de Cristo que les acoge como bienvenidos. Las preguntas hechas por los peregrinos, son numerosas, como los granos de arena a orillas del mar. Sus necesidades son muchas. Algunas personas son muy educadas, otros no lo son tanto. Con todas estas personas y sus problemas, ustedes están llamados, cada día a ser pacientes, amables, simpáticos y compasivos. A lo largo de la jornada, tendrán que responder cien veces a la misma cuestión hecha por tantos peregrinos distintos. Tienen el desafío de vencer su humor cambiante para ser, en todo momento, lo que san Pablo llama “el buen olor de Cristo” (2 Cor 2, 15). Consciente de las dificultades para alcanzar este ideal, san Pablo inmediatamente pide: “¿y quién es capaz para esto?” e inmediatamente responde: “*Ciertamente no somos nosotros como la mayoría que negocian con la Palabra de Dios. ¡No!, antes bien, con sinceridad y como de parte de Dios y delante de Dios hablamos en Cristo*”. (2 Cor 2, 16-17).

Si, ustedes han sido enviados por Cristo; han recibido una misión de la Comunidad, de la Iglesia, para ser **los sacramentos de la hospitalidad de Dios**. Representan a Cristo en toda su generosidad. Dan la bienvenida que su Madre deseaba a todos lo que venía a su casa, en Nazaret.

Intenten siempre, mirar esta Capilla como un lugar donde muy a menudo, hay personas en el pasillo central con preguntas en sus labios aún sin formular. Como los peregrinos griegos que abordaron al Apóstol Felipe; en el evangelio de Domingo de Ramos, pidieron: « *Señor, queremos ver a Jesús.* » (Jn 12, 21).

Esta Capilla de las Apariciones y sus alrededores son **un nuevo Nazaret, convertido en sagrado por la presencia de Jesús y su Madre** y ustedes, son la

puerta para acoger como bienvenidos a todos los que se presenten e intentar que se sientan en ellos en la casa de su Madre, casa compartida con su divino hijo Jesús.

“No olviden la hospitalidad” escribe el autor de la Carta a los Hebreos (Hb 13, 2), y san Pedro, por su lado, propone un ideal muy alto: *“Sed hospitalarios unos con otros sin murmurar”* (1 Pe 4, 9). En una de las recientes traducciones inglesas, se dice: ¡“Sed hospitalarios los unos con los otros, pero sin desear, secretamente, no serlo”!

Probablemente es un ideal muy exigente, sobretodo cuando están llamados a escuchar una larga historia de alguien más bien molesto. Entonces san Pablo les recuerda: “Ciertamente no somos nosotros como la mayoría que negocian con la Palabra de Dios. ¡No!, antes bien, con sinceridad y como de parte de Dios y delante de Dios hablamos en Cristo”. (2 Cor 2, 16-17).

“Jesucristo, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte”. (Fl 2, 7). A imitación de Nuestro Señor, nos tenemos que despojar, liberarnos de algunas formas habituales de pensar, sentir y actuar. Así no hace muchos años, hemos aceptado el desafío de inculturar el carisma de nuestros Fundadores en los países y en los medios donde el Espíritu de Dios no lo había implantado desde nuestros orígenes. Pusimos mayor atención a los pueblos en vía de desarrollo. Vimos a los misioneros cada vez más sensibles, más respetuosos hacia las culturas indígenas del país donde iban a proclamar El Evangelio de Jesucristo. Así tomamos conciencia de la profunda “kenosis” que a veces puede exigir tal sensibilidad.

Esto fue ayer. Después de unos años, se espera de nosotros una nueva kenosis, de todos los que sin dejar su país de origen, quieren servir a los pobres hoy. Particularmente pienso en el gran número de inmigrantes que en pocos años, como un gran río, han ido a los países de Europa occidental.

Tomo el ejemplo de mi país. Desde la admisión de 10 países de Europa oriental, al menos 100.000 inmigrantes llegaron sobre las playas de mi país cuya población es de 3 millones de habitantes. Estos inmigrantes vinieron para buscar una vida mejor. Algunos son altamente cualificados y encuentran trabajo. Pero a

menudo, son obligados a aceptar empleos bajos para llegar a vivir. Demasiado a menudo, algunos se hacen explotar. Si esta gran inmigración es una experiencia nueva para nuestro pueblo, pasa lo mismo aquí en Francia: han tenido que afrontar este desafío desde hace muchos años.

A nosotros, que intentamos vivir el ideal cristiano de la hospitalidad, se nos dirige una nueva llamada. Se nos lanza el desafío de inculturar el carisma vicenciano en circunstancias nuevas, algunas son muy difíciles. ¡No olviden la hospitalidad! Esta llamada es una urgencia nueva para todos nosotros, en los países de Europa occidental.

La vela en la ventana, la vigilia de Navidad, se ilumina al anochecer. Es una llama muy pequeña. Hace poco por disipar la oscuridad de la noche pero ella es pura luz. No hace sombra. Que nuestros pequeños gestos de bienvenida, de acogida de unos y otros, puedan ser puros y ofrecidos, según la expresión de san Vicente “¡con Dios sólo a la vista”! en una palabra, que nuestros gestos acogedores puedan reflejar la auténtica luz de Cristo, para iluminar el mundo.

(Continuará)

Padre Richard McCULLEN, CM

NOMBRAMIENTOS

Nombramientos de Visitadoras y Directores provinciales

PROVINCIA DE AFRICA DEL NORTE: Sor Josefina REMIREZ ha sido designada de nuevo Visitadora por tres años, el 13 de septiembre de 2006.

PROVINCIA DE HAITI: Sor Maria Teresa TAPIA ha sido designada Visitadora en sustitución de Sor Natalia MARTINEZ, el 11 de octubre de 2006.

PROVINCIA DEL PERÚ: Sor Marina MELENDEZ MELENDEZ ha sido designada de nuevo Visitadora por tres años, el 21 de noviembre de 2006.

PROVINCIA DE SAN LUIS: Sor Mary WALTZ ha sido designada Visitadora en sustitución de Sor Marie-Thérèse SEDGWICK, el 7 de febrero de 2007.

PROVINCIA DE BARCELONA: Sor Maria Cruz ARBELOA HUARTE ha sido designada de nuevo Visitadora por tres años, el 7 de febrero de 2007.

* * * * *

PROVINCIA DE PERU: Padre Javier GAMERO TORRES ha sido nombrado Director de las Hijas de la Caridad, el 30 de noviembre de 2006.

PROVINCIA DE BOLIVIA: Padre David PANIAGUA NOVA ha sido nombrado de nuevo Director de la Hijas de la Caridad por tres años, el 30 de noviembre de 2006.

PROVINCIA DE ALEMANIA: Padre Georg WITZEL ha sido nombrado de nuevo Director de las Hijas de la Caridad por tres años, el 12 de diciembre de 2006.

PROVINCIA DE AUSTRALIA: Padre Kevin CANTY ha sido nombrado de nuevo Director de las Hijas de la Caridad por tres años, el 18 de diciembre de 2006.

PROVINCIA DE CAMERÚN: Padre Emmanuel TYPAMM ha sido nombrado Director de las Hijas de la Caridad, el 8 de enero de 2007.

PROVINCIA DE ARGENTINA Y DEL PARAGUAY: Padre Pedro DUARTE ALONSO ha sido nombrado Director de las Hijas de la Caridad, el 24 de enero de 2007.

REGIÓN DE ALBANIA-KOSOVO: Padre Vittorio PACITTI ha sido nombrado Subdirector de las Hijas de la Caridad, el 5 de febrero de 2007.

VISITA DE LOS SUPERIORES

Madre Évelyne Franc
y Sor Blanca Libia Tamayo, Consejera general

Visita de la Provincia de Venezuela

15 - 20 enero 2007

Un poco de historia

En 1950, cuatro Hermanas colombianas llegaron a Venezuela a petición del Arzobispo de Caracas, para dirigir la obra Social de la madre y el niño. En principio, en 1967, fue Vice-Provincia de la Provincia de Gijón. Se convierte en Provincia en 1972. Se abrió un Seminario en 1980. Hoy, la Provincia cuenta con 65 Hermanas, de las cuales 29 son venezolanas.

Visita de Madre Évelyne Franc

El 15 de enero de 2007, Nuestra Madre y Sor Blanca Libia Tamayo, aterrizan en tierra venezolana, la “tierra de Gracia”, como la llamaban los Conquistadores. En el aeropuerto, la Visitadora y los miembros del Consejo Provincial, la Comunidad del Seminario y varias Hermanas de las casas de Caracas, las esperaban. En la Casa provincial, tras los saludos de bienvenida y de acción de gracias en la capilla, Sor Yolanda Zambrano, Visitadora, expresa su gratitud por esta visita en estos momentos de incertidumbre, de temor por lo que anuncian: a la vez resentimos la confianza y el miedo, la esperanza y la duda, al comienzo de un proceso socialista castro-revolucionario o socialismo del siglo XXI como lo expresa el Presidente Hugo Chávez. Pero oímos también: “No teman, el Espíritu se encargará de hablar por ustedes”.

Al día siguiente, la visita se inició con una Eucaristía y el encuentro con los miembros del Consejo, en un diálogo sincero, constructivo y alentador respecto a la situación del país.

El 17 de enero, la Provincia celebra en acción de gracias, los 50 años de vocación de Sor Amelia López, misionera originaria de la Provincia de Madrid. La Comunidad educativa del colegio Santa Luisa: equipo educativo, administradores y empleados, acogen a Nuestra Madre. Después, con sencillez y amabilidad, Sor Évelyne habla con los niños del colegio.

En la sala de conferencias, se reúne con un primer grupo de Hermanas de la Provincia. Nos invita a asumir los desafíos y los riesgos de hoy; a darnos totalmente a Dios para el servicio de los pobres, según el espíritu de la Compañía. Luego, en diálogo sincero, escucha nuestras cuestiones y responde alentándonos, comunicándonos esperanza, preparándonos a vivir en la serenidad y en la fe, los acontecimientos que se presentaran con la puesta en marcha del Socialismo Revolucionario. La Eucaristía reúne a todas las Hermanas; fue seguida de una comida festiva en honor de la homenajeadada y un recreo animado por las Hermanas del Seminario.

Con las Hermanas Sirvientas, Nuestra Madre insiste en su misión de animación espiritual de las Hermanas, esforzándose en crear, en la comunidad, un clima favorable para vivir en unión con Dios; subraya, entre otras cosas, la necesidad del Consejo doméstico, la subsidiariedad y agradece a cada una el servicio que realizan con generosidad.

Al día siguiente, Nuestra Madre tiene un encuentro con las Hermanas del Seminario, quienes comparten su experiencia de vida y el equilibrio que hay que tener entre la formación intercongregacional y las enseñanzas específicamente vicencianas. Sor Évelyne insistió sobre la importancia de meditar la Palabra y vivir escondida en Dios. Después Nuestra Madre visita las Comunidades de Maria Antonia Bolívar y Coromoto. La primera, es una escuela de las primeras fundaciones de la Provincia. La segunda es la casa donde viven cinco Hermanas Mayores y donde se encuentra, Sor M. Vásquez, fundadora de la Provincia de Venezuela. Quien cuenta a Sor Évelyne como fueron los comienzos. Nuestra Madre y Sor Blanca Libia, escucharon con atención los inicios de la Provincia.

En el Albergue del Peregrino, hay acogidos unos 40 huéspedes, personas sin domicilio, salvados de la calle y de sus peligros, de la soledad y del hambre. Sor Évelyne tiene un encuentro con estos residentes, que le ofrecen cantos, poesías y flores, como símbolo de gratitud hacia las Hermanas que los ayudan a reinsertarse en la sociedad. Algunos tomaron la palabra para describir, no sólo el camino de su “descenso”, sino también sus dificultades para volver a subir e reinsertarse, exigiéndose mucha valentía y perseverancia.

El 19 de enero, tras haber recibido personalmente a varias Hermanas, Nuestra Madre se reúne con los Padres Paules que la acogieron con mucho afecto fraterno. Visita la Obra Social de la madre y el niño. Las Hermanas de esta Comunidad, le hablan de la pobreza real de la sociedad venezolana, de las jóvenes, que siendo niñas, se convierten en madres; le cuentan el trabajo que ellas realizan con estas jóvenes para su educación integral, así como para formarlas en su misión de madre. Es una obra en la cual, las Hermanas deben estar muy equilibradas, dispuestas a dar mucho amor y comprensión por la situación de estas chicas. Nuestra Madre les dirige un mensaje de fe y esperanza.

De vuelta a la Casa Provincial, la Eucaristía reúne a las Hermanas y los miembros de la familia Vicenciana, representando a las siete ramas presentes en Venezuela.

El 20 de enero, último día de la visita, Nuestra Madre se reúne con el segundo grupo de Hermanas de la Provincia. Nos ayudó a profundizar en algunas páginas de los Escritos de los Fundadores y de las Constituciones, dejándonos la consigna de la fidelidad, el esfuerzo por progresar juntas en nuestra vocación. En la Eucaristía, dimos gracias al Señor por todo lo que hemos recibido de Madre Évelyne y de Sor Blanca Libia.

Por la tarde, última reunión con los miembros del Consejo para ratificar algunos puntos fuertes y las palabras de despedida y agradecimiento de Sor Yolanda: *“Madre, no tenemos ni oro ni plata; le ofrecemos un recuerdo constante ante el Señor, para depositar en su corazón sus intenciones, las de la Compañía, sus próximas Visitas a las otras Provincias...como su regreso a la Casa Madre está cercano, le decimos, como San Vicente a Santa Luisa, a usted que la representa en este momento en la Compañía:*

“Ruego a su Divina bondad que ella le acompañe, que sea su alivio en el camino, su sombra contra el ardor del sol, su cobijo de la lluvia y del frío, lecho blando en su cansancio, fuerza en su trabajo y que, finalmente, la devuelva con perfecta salud y llena de buenas obras.”

Sor Bérénice JIMÉNEZ
Corresponsal de los Ecos

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS

Provincia de Siena

150 años de historia de las Hijas de la Caridad

« En las raíces, un porvenir de caridad »

2006: año de gracia que ha servido para conocer y amar más a San Vicente, su carisma y sus obras. En Siena, los días 16 y 17 de septiembre de 2006, las celebraciones de clausura reunieron a más de mil personas entre ellas Nuestra Madre, Sor Mariarosa, Consejera general, Hermanas de la provincia de Siena y de las otras provincias de Italia, Sacerdotes de la Misión, numerosos laicos entre ellos muchos jóvenes. La calidad de la acogida, hecha por un grupo de Hermanas y jóvenes, permitió a cada uno sentirse de la gran familia. Sor Évelyne, con su presencia sencilla, discreta y sus exhortaciones claras y directas, nos fortaleció en nuestra vocación.

Tras una visita a la enfermería y a la Comunidad de la casa provincial, Nuestra Madre participa con todos los invitados a una primera representación: “Luisa de Marillac, la vocación de un corazón noble”, seguida de una velada musical organizada por las Juventudes Marianas. Por último, una vigilia de oración en la maravillosa “Basilica dei Servi di Maria» ha reunido a numerosos participantes. Monseñor Italo Castellani, Obispo de Lucca, intervino en varias ocasiones.

Al día siguiente, después de la oración de Laudes, el Padre Vernaschi, c.m, Director provincial, presenta el libro *« En las raíces, un porvenir de caridad »* escrito por varios

autores, con motivo del 150º aniversario de la provincia.

A continuación, Sor Luisa Farri, Visitadora, con la ayuda de un power-point presenta la provincia. Enumera los servicios confiados a las Hermanas desde los

comienzos, que han dado forma a la provincia y relata los momentos más significativos de estos 150 años de entrega: *“ Verdaderamente puede contarse una gran historia de amor, una hermosa historia; no obstante, no han faltado años difíciles, sobre todo, durante el período de las dos grandes guerras. Las Hijas de la Caridad nunca se desanimaron; aprendieron de San Vicente que: “las cosas de Dios se hacen ellas mismas”. Hoy la Provincia, a pesar de la disminución de Hermanas, conserva la alegría de pertenecer al Señor, su deseo de vivir en plenitud y fidelidad a su vocación. La sociedad cambia y con ella, cambia el rostro del pobre, pero lo que dijo Jesús es siempre cierto: “los pobres siempre los tendréis entre vosotros...” . Las nuevas pobreza nos interpelan y a menudo nos angustian...”*

Después, Sor Luisa, presenta los servicios que se ofrecen hoy: acogida a prisioneros en Campomorone, cuidado a enfermos en fase terminal en Quercianella, nuevo Centro de Cáritas en Scandicci, Florencia; Casa Cuna para niños en Siena y comenta el proceso de revisión de obras con el fin de estar siempre más cercanas a los pobres: *“Transformar los servicios, cerrar y abrir casas, pasar a otros la gestión de los establecimientos, no son decisiones fáciles, pero las nuevas necesidades exigen nuevas respuestas”*. Por último dijo: *“Dejemos en manos de Dios el futuro de nuestra Provincia, para una continua creación...invito a las Hermanas a mirar el futuro y a programar nuestra presencia en la Iglesia, conscientes del ser de siervas e instrumentos de un Proyecto que no pertenece más que a Dios en bien de los Pobres”*. Finalmente confía a las Hermanas y a los jóvenes el desafío de compartir el carisma: *“El compromiso por la caridad es una escuela de vida para los jóvenes”*.

Termina diciendo: *“Quiero dar gracias al Señor junto con ustedes, por habernos hecho participantes de su Creación cerca de los pobres, por haber inventado esta larga historia de caridad, por habernos proyectado en un futuro de caridad, teniendo raíces profundas”*.

A las 11h30, tuvo lugar la Eucaristía presidida por Monseñor Antonio Buoncristiani, arzobispo de Siena, en la que participó el Padre Gregory Gay Superior general, entre sus dos viajes (Etiopía y Tanzania). En su homilía, el arzobispo de Siena, citó varias veces a San Vicente y recordó los puntos fuertes de nuestra vocación. Expresa también su gratitud por estos 150 años de testimonio de la caridad. Concluyó pidiendo para las Hermanas los dones de confianza y

esperanza enraizadas en Cristo, el cual conduce la historia humana a pesar de nuestras fragilidades.

Por la tarde, Nuestra Madre interviene sobre la grandeza y actualidad de nuestro carisma para encarnarlo y transmitirlo hoy a los laicos con los que colaboramos. Insiste particularmente sobre la fidelidad a los orígenes, la colaboración con la familia vicenciana, la atención a los pobres desprovistos de todo y de manera especial a los emigrantes y a los jóvenes.

En la basílica llena de gente, en un clima de escucha atenta, recuerda las palabras del Padre Slattery, antiguo Superior general, dirigidas a las hermanas de la Provincia de Siena con ocasión del centenario de la Provincia: “Vuestra Provincia no ha perdido nada del Espíritu de los orígenes de san Vicente y de Sta. Luisa. Vuestro mayor mérito es el de haber sabido unir durante un siglo, las tradiciones de la Compañía con lo mejor de los adelantos modernos: conservación y renovación en la obediencia, estas han sido y serán las garantías de perennidad en vuestra Provincia.” Ella continúa: *“Gracias por su fidelidad dinámica...ante todo su fidelidad a los orígenes como familia vicenciana, como lo subraya el estatuto 9c...hoy el servicio de evangelización y de caridad se siguen gracias a la presencia y a la colaboración fraternal de los laicos, expresión de comunión eclesial. La colaboración y el compartir el carisma es un signo de los tiempos que tiene un profundo significado teológico. El corazón del carisma vicenciano consiste en hacer juntos este servicio de Cristo en el pobre. Sabemos que cuando hablamos de intercambio, no se trata de una suplencia por la escasez de Hijas de la Caridad: los laicos comparten con nosotras –y nosotras con ellos- la misma responsabilidad en las obras de caridad y de justicia en el interior de la comunidad humana y cristiana.*

Sor Évelyne nos invita a compartir: *“todas podemos ofrecer la riqueza de nuestra experiencia y podemos también aprender mucho de un diálogo orientado hacia la perspectiva de servicios, respondiendo siempre más a las nuevas pobrezas”*. Hablando de las nuevas pobrezas, sor Évelyne señala que *“las Provincias italianas han hecho verdaderos proyectos para la defensa de los derechos humanos, pero nuestros hermanos y hermanas desprovistos de todo, tienen necesidad que estas iniciativas se multipliquen. Tienen sed de ser tratados de manera cordial y personalizada. Pienso en particular en los emigrantes cada vez más numerosos en su país.”*

Después aborda el tema de los jóvenes: “hay tanto por inventar...Por su frescura y su entusiasmo, los jóvenes, de modo específico son nuestro gran recurso. Ellos son quienes a menudo provocan a las Hermanas a ser mujeres no sólo para los otros sino con los otros. Este ser con el mundo es un aspecto central de nuestro carisma y fortifica nuestra identidad para un servicio común; aprendamos mutuamente, a responder a las preocupaciones y a las iniciativas de cada uno, con el diálogo a partir de objetivos apostólicos comunes. Podemos decirnos: los jóvenes son el futuro de la Compañía y de la familia vicenciana. En la Compañía, las vocaciones son numerosas pero no están bien repartidas en todas las Provincias. La colaboración con la familia vicenciana puede contribuir a presentar nuestra vocación de siervas de los pobres. Conocer a las Hermanas y constatar su alegría puede contribuir a suscitar nuevas vocaciones”.

A continuación Madre Évelyne se dirigió a toda la familia vicenciana, deseando que todos progreseemos juntos en el camino de servicio a Cristo en los pobres.

Sor Luisa Farri concluye: *“Confiemos a la Santísima Virgen este camino para que ella nos guíe hacia un nuevo porvenir de la Caridad – y en este compromiso común con la familia vicenciana, continuemos viviendo con entusiasmo y valentía esta historia de amor, este camino de santidad que muchas ya han recorrido, con el fin de ir más allá de los objetivos alcanzados y ser portadoras de esperanza, amor, alegría y ternura para seguir y renovar la historia de salvación.*

Sor Patricia BIN
Hija de la Caridad

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS

Provincia de África Central

Visita de Sor Juana Elizondo

2-19 septiembre de 2006

La Provincia de África Central (Rwanda-Burundi), tiene 5 años de existencia pero las Hijas de la Caridad están al servicio de los pobres desde 1971. Estos dos países forman una Región. Durante este tiempo ha conocido muchas dificultades pero la divina Providencia nunca ha cesado de sostener a las Hermanas en su misión, principalmente por mediación de Madre Elizondo, quien vino varias veces, arriesgando su vida; siempre estuvo acompañada de Sor Marie-Anne Latscha, de la que guardamos un buen recuerdo. En 2002, vino de nuevo con Sor Wivine Kisu, para inaugurar nuestra Casa Provincial.

Y después de su generalato, se acuerda de nosotras, teniendo la preocupación de esta Provincia que vio nacer en medio de muchas dificultades. Recientemente y a la petición de nuestra Visitadora Sor Sabina Iragui, Sor Elizondo ha vivido con nosotras dos semanas para ayudarnos a profundizar las Constituciones renovadas. Con paciencia, ha dedicado todo el tiempo necesario para explicárnoslas. Nos las ha transmitido no sólo como el que las lee y medita, sino también como el que las vive.

Sor Juana, Hija de la Caridad, llena de experiencia, nos ha estimulado a meditar las Constituciones como un compendio del Evangelio. Insistió sobre el amor a la Compañía y la importancia de participar activamente en su gobierno, cada una según sus responsabilidades. Subrayó la necesidad de organizar bien nuestra vida de servicio y de gestionar los bienes confiados con mucho rigor. *Hagamos todo, nos dijo, para que Jesús sea conocido, amado y servido, sobretudo por y en los pobres. Esta es nuestra misión. Vivámosla fielmente en la verdad* ».

Casi todas hemos participado en estos dos encuentros de cinco días: tiempo de reflexión personal y de trabajos en grupo para exponer nuestras cuestiones. “Lo que terminamos de hacer es sólo el aperitivo; vamos a continuar meditando las Constituciones y asimilarlas para hacerlas nuestras, pues ellas son nuestro camino de santidad”. Gracias, Sor Juana, estará siempre presente en nuestra Provincia.

Sor Christine NDAYISENGA y Sor Scholastique MUJAWAMARIYA
Hijas de la Caridad

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS

Provincia de Chelmno

Sor Bárbara Samulowska
(Sor Stanislawa en comunidad)

Fallecida en el hospital de Guatemala, el 6 de diciembre de 1950,
a los 85 años de edad y 66 de vocación.

Sor Bárbara nace el 21 de enero de 1865 en Woryty, Polonia; obtuvo la gracia de ver a la Santísima Virgen en las apariciones de Gietrzwald. Esto tuvo lugar del 28 de junio al 16 de septiembre de 1877, cuando tenía 12 años. A los 19, entra en la Compañía de la Hijas de la Caridad y hace el Postulantado en la Casa Provincial de Chelmno. Después, parte a la Casa Madre en Paris, para hacer el Seminario. En adelante, se llamará Sor Stanislawa. Hija de la Caridad durante 66 años, sirve a Cristo en los pobres: primero en Paris y después en Guatemala durante 54 años. El 6 de diciembre de 1950, muere en Guatemala en olor de santidad.

En el transcurso de la celebración del centenario de las apariciones de la Santísima Virgen en Gietrzwald, la Iglesia proclama solemnemente su autenticidad. En enero de 2001, tras haber recibido el consentimiento de Madre Juana Elizondo, Superiora general, los Padres Canónigos Regulares de Latran, guardianes del Santuario de Gietrzwald, convencidos de la santidad de Bárbara Samulowska, se dirigieron al Arzobispo Edmund Piszcz, Metropolitano de Warmia, para abrir el proceso de beatificación de la vidente de Gietrzwald. Sin embargo, conforme a la ley eclesiástica, pertenece a la diócesis del territorio donde la persona interesada fallece, organizar el proceso de beatificación. Faltaba pues obtener el consentimiento del Arzobispo de Guatemala, el Cardenal Rodolfo Quezada Toruño, para transferir el proceso a Polonia. Lo dio el 8 de diciembre de 2003.

Tras haber obtenido el parecer favorable de la Conferencia Episcopal de Polonia, el 23 de septiembre de 2004, llega de Roma la autorización de la Congregación para las causas de los Santos. El proceso de beatificación a nivel diocesano se abrió el 2 de febrero de 2005 en Gietrzwald. El Padre Kazimierz

Brzozowski, guardián del santuario mariano de Gietrzwałd, fue nombrado Postulador del proceso. Tres Hijas de la Caridad de la Provincia de Chelmo-Poznan, forman parte de las Comisiones del Tribunal: Sor Hanna Cybula, Visitadora, en la Comisión Teológica e histórica, Sor Anna Mamona en la Comisión Notarial, Sor Krystyna Rynarzewska en la Comisión Histórica. Sor Gertruda Bukowska, misionera polaca en Republica Dominicana, ayuda a la traducción durante el interrogatorio de los testigos en Guatemala.

El Tribunal interrogó a varias decenas de testigos: en Polonia, Alemania y Guatemala. Las Comisiones estudiaron la documentación reunida, referente a la Sierva de Dios y dieron sus opiniones. El Tribunal Eclesiástico de Guatemala, conforme a la aprobación del Arzobispado del lugar, ayudó a agrupar los documentos necesarios que hablan de la heroicidad de las virtudes de Bárbara Samulowska. Toda la documentación del proceso a nivel diocesano cuenta alrededor de 1.500 páginas. El 8 de septiembre de 2006, Fiesta de la Natividad de la Virgen María, tuvo lugar la última sesión diocesana del Tribunal de la Beatificación. El nuevo Pastor de la Archidiócesis, el Arzobispo Wojciech Ziemba, clausuró el acto.

El paso siguiente del proceso será la designación, en Roma, del Postulador. Los Cardenales y otras personas de la Congregación, comenzaron a estudiar y verificar los documentos reunidos y transmitidos a Roma por el Postulador de Polonia. La decisión de proclamar a la Sierva de Dios Beata, será tomada por el Santo Padre.

En su homilía del 8 de septiembre de 2006, el Arzobispo Wojciech Ziemba dijo: “Hoy damos gracias por la Sierva de Dios, Sor Bárbara Samulowska. Gracias a María su corazón se inflamó del amor por Dios, dando un buen testimonio de vida.”

Sor Hanna CYBULA
Visitadora de Chelmo

Nota:

Aunque Bárbara se llamó Sor Stanisława en Comunidad, su nombre de pila prevalece, por eso se la nombra: Sor Bárbara Samulowska.

Notas sobre Sor Bárbara Samulowska

“¡La Inmaculada Concepción es aún más hermosa!...”

He aquí en que circunstancia salió esta afirmación de los labios demasiado silenciosos, a nuestro gusto de Sor Bárbara Samulowska:

“Acababa de llegar al Postulantado - relata una Hija de la Caridad- y tenía el corazón destrozado con la separación de mi querida madre. Una Hermana del Hospital, que me encontró desecha en llanto en el recibidor, me dijo para consolarme: “No llore, Señorita; va a tener usted el consuelo de recibir el cofiado de Postulante de manos de nuestra Respetable Sor Asistente, que es una santa y tuvo el privilegio de ver a la Santísima Virgen, cuando era niña en Polonia”. La sorpresa secó mis lágrimas. Al poco rato, la Hermana de Oficio me hizo pasar al despacho de la Asistente. Arrodillada ante ella, me habló de la belleza de nuestra vocación, con palabras que me caían como bálsamo sobre mi corazón herido. La observé y me di cuenta que en ella había algo que no era de este mundo. Llena todavía del espíritu del mundo, sin grandes nociones de vida sobrenatural, me dejé ganar por la curiosidad y con indiscreta precipitación, de repente le pregunté señalando una estatuilla colocada sobre su mesa: “*Hermana, ¿es verdad que la Santísima Virgen se le apareció cuando era usted pequeña en una actitud semejante a ésta?*”

Con extrañeza, que no negaba, sin embargo el hecho, me contestó: “*¿Quién le ha dicho esto tan de prisa? ¡Si acaba de llegar!...Estas cosas no se preguntan*”.

Parecía que su sonrisa le traicionaba; entonces atrevidamente insistí: “*Hermana, por favor, dígamelo! ¿Era tan bella como esta Virgen de la Medalla Milagrosa?*”

Moviendo la cabeza en señal de negación y sin perder su sonrisa, me respondió: “*¡Qué traviesa es usted...! ¡Prepárese a hacer bien su Postulantado, si quiere ir mereciendo el favor de Verla también un día!*”. Después, fijando su mirada en la Virgencita que tenía delante, añadió: “*La Inmaculada Concepción es aún más hermosa!*”

Pero, ¿cómo llegó hasta Guatemala la noticia del maternal favor hecho por la Reina del Cielo a la humilde polaca, cuando el hecho que acabamos de relatar fue, al parecer, la única circunstancia en que se vio, por decirlo así, descubierta? Nuestra querida Sor Lannes, entonces Directora del Seminario de la Provincia, nos lo explica: “*Desde su llegada, en septiembre de 1895, la Visitadora me confió a sor Bárbara Samulowska para enseñarle el español y habituarla al trabajo del*

Seminario. Al observarla de cerca, durante algunos días, me dije: en esta Hermana se ve algo extraordinario, sobrenatural: Dios esta en ella. Cuando más adelante tropecé, leyendo los Anales de las Hijas de María con el relato de las Apariciones de la Santísima Virgen en la aldea de Gietrzwald, Polonia, lo comprendí todo”.

Abramos nosotras también los Anales de los años 1878-1879; porque contienen los únicos detalles que conocemos acerca de la infancia de Sor Bárbara. Y leemos: *“Lo mismo que en la Salette y en Lourdes, la Virgen Inmaculada escogió la tierra de Polonia para manifestarse a las almas humildes y sencillas. Al mismo tiempo, quiso consolar a un pueblo desdichado y recompensar el amor particular que este conserva hacia el magnífico privilegio de su Inmaculada Concepción. Esto ocurrió en la aldea de Gietrzwald, testigo de las maravillosas apariciones que vamos a contar”.*

El 27 de junio de 1877, el venerable y piadoso Párroco del lugar, había reunido, para el examen preparatorio, a los niños que iban a recibir la Primera Comunión. Justine Szafrynska, de 13 años de edad, tenía poca inteligencia y menos aún memoria; temía mucho este examen y pedía con todo su corazón a la Santísima Virgen que la ayudara. María escucho sus súplicas: al asombro del Párroco, Justine contestó a todas las preguntas con perfecta seguridad, mejor que los demás niños.

Justine es una pobre campesina, frágil y delicada, no muy crecida para su edad; se viste con un vestido pardo, de tela gruesa, un pañuelo de lana encarnada cubre su cabeza y encuadra su carita pálida, cuyos rasgos están impregnados de modestia. Sus ojos de un azul muy claro, están habitualmente bajos; pero en ese momento, brillan de una alegre satisfacción. A unos pasos de la iglesia, se encuentra con su madre quien viene a su encuentro ansiosa del resultado del examen.

-¿Podrás por fin, hacer la Primera Comunión, hija mía?

-¡Si, -contesta Justine- lo he sabido todo; la Santísima Virgen y el Buen Jesús me han escuchado!

Mientras madre e hija caminan hablando, toca el Ángelus. Siguiendo la costumbre del país, ambas se arrodillaron en el camino para rezar el Saludo del Ángel. De pronto, Justine lanza un grito de asombro y de espanto: *“¡Mira! ¡Mira! ¡Que luz tan grande encima de ese arco! ¡Parece un incendio! ¡Y que Señora tan hermosa vestida de blanco!”.*

El señor Párroco que llegó en ese momento, oyó a la niña y la hizo entrar en el jardín de la casa rectoral, donde estaba el arce, para que pudiera ver mejor la luz que tanto le había sorprendido. Al acercarse, Justine extendió la mano derecha hacia el árbol y exclamó: -*“Veo a la Santísima Virgen sentada en un trono de oro, adornado de perlas; tiene un vestido blanco; sus cabellos dorados y luminosos caen sobre sus hombros”*.

El Párroco pensando que, efectivamente, podía estar viendo a la Santísima Virgen, la invita a rezar el Ave María; Justine obedeció y apenas terminó su breve oración, exclama:

-*“¡Oh! Ahora todo está más luminoso... Veo a un niño que baja del Cielo; sus vestidos son blancos, con reflejos dorados y brillantes, y van sujetos por delante con un broche de oro”*.

Al terminar estas palabras, Justine saluda respetuosamente a la Aparición y después añadió: -*“la Santísima Virgen se marcha hacia el Cielo; el niño va a su izquierda... el cielo está muy límpido... no hay ninguna nube...todo desaparece... sólo veo un gran resplandor...ya no veo nada más.”*

La actitud extraordinaria de la niña, la firmeza de sus palabras, el brillo especial de sus ojos, el espanto que tenía encima, impresionaron al digno pastor y emocionado, dijo: -*“¡No temas nada! Mañana, a la misma hora, vuelve aquí a rezar el Rosario”*.

Al día siguiente, el 28 de junio, Justine se puso cerca del Arce, acompañada de varias compañeras del catecismo y juntas, de rodillas, rezaron el Rosario. En el momento en que la campana sonó el Angelus, Justine vio un relámpago en forma de rueda que iluminaba el arce y la maravillosa aparición del día anterior, fascinó sus miradas. La Santísima Virgen, de una hermosura inefable, parecía tener unos 16 o 18 años; tenía el rostro alargado, las mejillas rosadas y finas, los ojos azules de una dulzura y un brillo sorprendentes y de sus dedos, se escapaban unos largos rayos luminosos. Dos ángeles vestidos de blanco, parecían sostener un trono donde la Reina del Cielo estaba sentada. Otros dos, sostenían al Niño Jesús, lo pusieron encima de las rodillas de la Santísima Virgen y desaparecieron; un nuevo Mensajero celeste aporta un globo, que la Inmaculada María presenta a su divino Hijo; los Ángeles le ofrecen un cetro y le ponen una corona sobre su cabeza y en la de su Madre. Al final una Cruz luminosa, bajada del cielo, quedó suspendida en el aire, encima del grupo formado por la Santísima Virgen y los Ángeles. Al final del Rosario, este maravilloso espectáculo cesó.

Esta vez, Justine no estaba sola contemplando la aparición; había otra niña, Bárbara Samulowska, nuestra futura Hermana, una pobre niña del Woryt, pueblo situado a un cuarto de hora de Gietrzwald que compartió su felicidad. Bárbara sólo tiene 12 años. Verdadero ejemplo de sencillez y libertad infantil, que no conoce la contrariedad; no camina, sólo sabe correr y saltar como un cervatillo; sus ojos son negros, vivos, su tez morena. En su exterior se puede adivinar una naturaleza ardiente y casi salvaje, donde no hay nada comprimido.

El 30 de junio, a la misma hora, la Santísima Virgen se aparece de nuevo a las dos niñas y Justine le pide: “*Señora, ¿Quién es usted?*”

-La Aparición responde: “*Soy María, concebida sin pecado*”.

-La niña exclama: “*Señora, ¿y qué desea?*”

- “*Quiero que recéis el Rosario*”

Al día siguiente era el día de la Primera Comunión, un gran número de personas acompañaron a las dos pequeñas y se pusieron cerca del árbol para rezar el Rosario. Muy pronto aumentó el gentío: los aldeanos llegaban de todas partes y las oraciones se hacían con un fervor creciente. El número de peregrinos debió ser considerable: unos 2000 y para mantener el orden y la piedad, se determinó que cada día entraran en procesión al lugar de las apariciones, la Cruz en cabeza y por grupos, precedidos cada uno de un estandarte. La Reina del Cielo había anunciado a las niñas que se aparecería hasta el 8 de septiembre. Les había expresado el deseo que se construyera una Capilla en el sitio de la aparición y que se erigiera una estatua de la Inmaculada Concepción.

Las visitas de la Santísima Virgen se multiplicaron hasta finales de julio. Se aparecía tres veces al día, en el momento del Ángelus. Otros dos testigos, compartieron los favores que disfrutaban ya Justine y Bárbara. Una fue Catherine Wiczorek, de 23 años; parecía que tuviera unos dieciocho, era de talla media; porte dulce y sencillo; siempre recogida y silenciosa; aunque contestaba con un aire desenvuelto, era fácil observar que estaba preparada para los asuntos de este mundo, pero su corazón estaba lejos. La otra, Elisabeth Byliteska, era una pobre viuda enteramente desprovista de los bienes de este mundo; de rostro pálido y delgado llevaba una vida de piedad sencilla y verdadera. Las dos contemplaron las maravillosas manifestaciones, que conmovieron durante más de dos meses la tierra de Polonia.

La Santísima Virgen, a menudo interpelada por las 4 videntes, recomendaba la oración y la confianza, principalmente el rezo del Rosario. Cada día, sus manos se alzaban para bendecir a la multitud que se apresuraba a sus pies con una fe ardiente. El 8 de septiembre, 50.000 personas de distintas provincias, acudieron a Gietzswald. La Inmaculada María quiso, en ese día, bendecir una fuente que desde hacía tres años, surgió en el terreno del presbiterio. El 16 de septiembre de ese mismo año, en la octava de la Natividad de la Virgen, tuvo lugar la bendición de la Capilla, construida a toda prisa, para corresponder a los deseos de la Santísima Virgen y fue puesta la estatua de la Inmaculada Concepción. Esta vez, María aun estaba cerca del Arce, bendiciendo a toda la asamblea y anunciado que volvería al año siguiente.

Estos maravillosos hechos, tienen un vínculo con los que ocurrieron en los otros países, sobre todo en Francia: en la Salette y en Lourdes; estos nos deben penetrar de agradecimiento hacia nuestra Inmaculada Madre y nos recuerdan la necesidad de la oración, junto a su maternal meditación, por restablecer en los corazones el reino de Jesucristo. El relato de estas apariciones nos ha sido transmitido por personas dignas de toda confianza; se las presentamos con el deseo de aumentar su filial devoción a María, pero bajo reserva de las decisiones de la Santa Iglesia y sin querer prevenir el juicio que ella sola tiene el derecho de llevar. Este es el relato integro de los Anales.

Sólo los Ángeles pueden revelar estos secretos: Lo que fue la vida de la niña, después de estas múltiples conversaciones con la Santísima Virgen y cuando tuvo la certeza de la llamada de Dios para entrar a formar parte de la familia de San Vicente. Tras un ferviente Postulantado en Chelmno, llegó al Seminario el 19 de enero de 1884. Sólo tenía 19 años. Destinada en Paris, rue de la Mare, bajo la dirección de Sor Mauche, la joven Hermana decide no poner límite a su generosidad al servicio del buen Dios y se ofrece para las Misiones. Diez años más tarde, su deseo será cumplido: sor Stanislas es destinada a Guatemala. Entre sus jóvenes compañeras, se encuentra Sor Marie-Thérèse Récamier, quien, en una carta del verano de 1895 a su familia, escribe:

“...En cuanto a las comisiones espirituales, tengo muchas. Te ruego encomiendes con fervor a Nuestra Señora de Lourdes nuestra casa de Belleville y a todos sus miembros, en especial a Sor Stanislas. Has venido poco por aquí para acordarte de esta Hermana, pero sin embargo, seguro que te he hablado de ella,

pues la quería mucho ya durante mí Postulando. Es una hermana polaca muy amable que estaba en la guardería. Esta tarde nos deja y embarca el jueves para Guatemala. Comprenderás que seis semanas de viaje, sin el consuelo, ni ayuda religiosa, serán muy duras, así como los principios en un país tan distinto del nuestro, ...En fin, lo importante es hacer la voluntad del Buen Dios... ”

Este es el único fin de quien se aleja para siempre de Francia. El relato de Sor Lannes nos lo asegura:

“Varias veces, durante los 7 años que viví con ella, he procurado obtener algunos detalles sobre su pasado, pero el secreto estaba bien guardado. Sentía que esta alma sólo vivía para Dios y que su intenso amor por la Santísima Virgen, inspiraba todas sus acciones. Por eso hacía un gran bien a las Hermanas del Seminario y a todos los que se relacionaban con ella. Para obtener algunos consejos, me esforcé por entrar en su intimidad. En mis oraciones, sencillamente me confiaba a ella; hablaba al buen Dios sin dificultad. Durante el día, rezaba el Vía Crucis, con el fin de no olvidarme de Su presencia y de Sus sufrimientos. La Comunión espiritual, renovada a menudo, me daba fuerza y luz”.

Convertida en Directora del Seminario, Sor Bárbara pone todo su cuidado y amor en infundir en los corazones su devoción a la Virgen. Su convencimiento íntimo da a sus palabras una unción que transforma las almas: todas las Hermanas desean aprovechar sus enseñanzas. Cuando habla de nuestra Madre del Cielo, de su bondad, de su belleza, su rostro parece recibir el reflejo. *“Amémosla, repite, tengamos confianza en Ella, Ella nos protegerá durante toda nuestra vida”.*

Su salud necesitaba un cambio de aire y en 1907 se la encarga de la dirección del Hospital La Antigua. Los poetas la llamaron “la ciudad dormida”, a causa del silencio que la envuelve después de su destrucción parcial. La Antigua está unida a la capital actual por una carretera de treinta y seis kilómetros; paisaje de una belleza incomparable, cuyos horizontes reflejan la hermosura de su Creador. Lozanía, aire puro, clima excepcional, riqueza de la tierra, todo confirma la reputación de Guatemala al ofrecer una primavera perenne. Pero los Estados de la costa del Pacífico tienen también el triste privilegio de conocer sacudidas periódicas provocadas por la violencia de las fuerzas cósmicas latentes en el suelo del Nuevo Mundo.

Durante el medio siglo que Sor Samulowska pasará en Guatemala, conoció el espanto de estos temblores de tierra que en pocas horas destruyen maravillas de arte acumuladas por una civilización adelantada, siniestros que por tres veces han obligado a desplazar la capital del Estado.

En el siglo XVI el conquistador español, Don Pedro de Alvarado, escogió el valle de Almolongua como marco de su palacio. Un volcán extinguido, domina el horizonte. Desde los bordes del cráter, convertido en un lago profundo, la vista se extiende sobre el panorama único de los dos océanos. Herido en un combate, Don Pedro muere y su mujer, Doña Beatriz, no supo aceptar su desgracia, profiriendo horribles blasfemias. Poco tiempo después, una inundación extraordinaria destruyó la capital, viéndose en ello un castigo del Cielo. ¿Historia o leyenda? El hecho cierto es que el lago del cráter rompió sus diques naturales y torrentes de agua arrastraron a su paso, con fuerza irresistible, árboles, rocas y tierras, cayendo sobre la ciudad. Doña Beatriz y sus Damas de honor, encontraron la muerte en el Oratorio donde se habían refugiado para implorar el perdón de Dios. Después de esta catástrofe, la capital se reconstruyó en el valle del Panchoy, al pie de los dos volcanes “Agua” y “Fuego”, dos colosos que parecían custodiarla. El terrible temblor de tierra del 29 de julio de 1773, destruyó la floreciente Capital. La Antigua muestra aún, no sin orgullo, las ruinas dejadas por la catástrofe: catedral, iglesias, conventos, claustros, capillas subterráneas, testimonia, a pesar de sus heridas, su grandiosa arquitectura.

El Hospital que dirige Sor Samulowska, no se encuentra entre las maravillas arqueológicas de La Antigua. Es un antiguo edificio muy pobre; pero este hecho no es para desanimar un alma que practica con predilección, la virtud puesta en honor por el Hijo de Dios. ¡Cuántas veces más con sus admirables ejemplos, que con sus mismas palabras exhorta a sus compañeras: “nada superfluo, nada personal, nada sin permiso”! Lo que la hace sufrir profundamente, es no poder aliviar a los Pobres como quisiera, el verles carecer de lo necesario y a veces le ocurre ir a la capilla a pedir a Dios, con lágrimas, el pan que no puede darles. El Director del Hospital no tarda en comprobar que la extraordinaria prudencia, la excelente educación y la total abnegación de la nueva Superiora, hacen de ella su colaboradora insustituible: “¡Nos ha tocado el gordo!” –suele exclamar satisfecho al ver el orden que reina y el bien que puede hacerse. “¡Con tal que no nos la quiten!”.

El deseo formulado por el Director es parcialmente escuchado, pues Sor Samulowska tuvo que ir al Hospital de Quezaltenango, donde Sor Thonluc, por su

edad, necesitaba ayuda. Pero el personal, los enfermos, los bienhechores temiendo infundadamente la marcha de esta venerable Hermana que ha fundado el Establecimiento y que siempre ha estado al frente, forman una verdadera coalición contra Sor Samulowska. Calumnias, sospechas, mentiras amenazas, todo se pone en juego. Y ni su paciencia, ni su dulzura, ni su humildad, logran calmar los espíritus, de tal suerte que los Superiores de la Provincia, sabedores de su sufrimiento moral, deciden su vuelta a la Antigua. La reciben con manifestaciones de alegría, pero su temperamento ha recibido el rechazo de la lucha íntima. Debilitada, contrae la fiebre tifoidea, que pone en peligro su vida. Tras la convalecencia, se le confía la dirección del Hospital General de Guatemala: es una nueva etapa de su vía crucis en pos del Divino Maestro, ya que llega a Guatemala poco antes del terremoto de 1917. A dicha catástrofe se remonta el origen de una peregrinación a la que queda vinculado el nombre Sor Samulowska. Veamos por qué: un día, una pobre madre, sollozaba de rodillas junto al cadáver de su hijo, en el depósito del Hospital, cuando alzando la vista, sus miradas se fijaron en un hermoso Crucifijo de tamaño natural, antiguamente venerado por sus muchos milagros con el nombre de “Jesús de las Misericordias” y completamente olvidado desde hacía tiempo: “*Dios mío, ¿será posible que pierda mis dos hijos? El uno yace aquí muerto y el otro, condenado a larga prisión...*” ¡Cual fue su dicha, cuando al volver a casa, se encontró allí con el detenido, que sin saber como, estaba en libertad!

El acontecimiento se conoció y fueron tantas las personas que acudieron a implorar los favores del Santo Cristo, que se decidió erigirle una Capilla digna de El, dentro del recinto del Hospital. Esta “joya” quedó terminada en 1917 y se escogió como fecha de su bendición e inauguración el día 1 de enero de 1918. Con el fin de dar mayor solemnidad al acto, se pidió autorización para organizar una procesión y que el Jesús de las Misericordias, recorriese las calles de la ciudad antes de tomar posesión de su morada. Por sectarismo, se negó esta autorización. El pueblo vio el castigo divino en la espantosa sacudida sísmica que destruyó la mitad de la ciudad en la noche de Navidad.

“¡Hace falta haber vivido tales momentos –escribe una Hermana de la Provincia- para poderse imaginar cual fue nuestro despertar! Porque ni el relato de la catástrofe ni siquiera la vista de ruinas por ella ocasionadas, dan una idea exacta de la angustia y del terror que sobrecogió nuestro ánimo cuando, por una parte, bajo la violencia del furioso huracán desencadenado sobre nuestras cabezas, sentimos que todo en torno nuestro temblaba, crujía y caía destrozado, y por otra, nos encontrábamos sacudidas por los movimientos de la tierra, oyendo un siniestro

estrépito, semejante a un torrente impetuoso que corría bajo nuestros pies y parecía iba a sepultarnos...”

Durante esta noche angustiosa, Sor Samulowska va y viene, preocupada de poner a resguardo los centenares de enfermos del Hospital: uno solo se niega a salir y muere bajo los escombros. El 3 de enero, otra sacudida aun más larga, acaba de derribar los edificios: el Hospital no es más que un montón de piedras. A toda prisa, Sor Samulowska hace construir unos barracones, porque se acerca la estación de lluvias y se impone un abrigo menos precario que las tiendas de campaña. No se olvida del Señor de las Misericordias y le hace erigir una Capilla de madera, donde se celebra a diario la Eucaristía. Múltiples son los favores que Dios concede y después de este período de desastres, afluyen las limosnas en tal cantidad que el Santo Cristo puede llegar a tener una Basílica convertida en lugar de peregrinación.

Sin dejar la dirección del Hospital reconstruido, Sor Samulowska recibe en 1919 el nombramiento de Asistente Provincial. En este campo de acción más vasto, su virtud edifica, estimula y alienta al número también mayor de Hermanas que tienen contacto con ella, pero sus compañeras del Hospital, son las primeras que pueden aprovecharse de su influencia. Ante todo les inspira una adhesión inquebrantable a la Comunidad y a los Superiores, una fidelidad absoluta a nuestras Santas Reglas, que ella misma observa con escrupulosa exactitud. Si llega a notar alguna negligencia en la práctica de los Santos Votos, siente por ello viva aflicción: *“Dios no puede bendecir a quien desprecia su Santa Voluntad”*, dice. Después endereza lo defectuoso con energía.

Su serenidad constante, su afable sonrisa, invitan a la confianza. Siempre dispuesta a excusar, a atenuar las faltas, enseña la práctica de la virtud y exige el máximo de cada una. Para desempeñar el servicio de los pobres hay que sacrificar todo y dejar, cuando llega el caso, el refectorio, el recreo y hasta la Capilla: *“Tal enfermo la necesita; vaya usted en seguida”*. Pero si alguna Hermana llega tarde a un ejercicio de Comunidad por descuido o falta de previsión, le enseñará el reloj en silencio, y luego, cuando vaya a pedirle perdón, le dirá: *“Ya sabe usted cuánto me desagrada la falta de puntualidad... ¡No!, mejor dicho, a mi no, pobre criatura...; a Nuestro Señor. Vaya usted, pues, a la Capilla a pedirle perdón”*.

Una íntima vida de familia, facilita a las Hermanas el olvido del cansancio y dificultades de sus oficios. Para ganar los corazones y poderlos entregar al Divino

Maestro, Sor Asistentita adopta con una abnegación del todo sobrenatural los gustos, costumbres y usos del país, y realmente, después de cincuenta años pasados en Guatemala, sólo los que la conocían bien, sabían que había nacido en el otro extremo del mundo. ¡Cuántas luchas, cuántas victorias ocultas formaron la base de esa transformación de un carácter inflexible, altivo, en una cordialidad siempre igual y llena de humildad!

Exige de cada una de las Hermanas que le están confiadas, que vivan como verdaderas Hijas de la Caridad y por su parte, es la primera en practicarlo.

-Todos los viernes, me advertirá usted las faltas que me haya visto cometer –dice a una de sus compañeras.

-Perdóneme, Sor Asistentita, pero no puedo hacerlo: nunca he visto en usted nada reprehensible. Permítame únicamente que le diga que su humildad pasa de la raya.

-Lo hará usted, de todas formas –insiste Sor Samulowska con un tono que obliga a la obediencia.

Su postura en la Capilla, llena de fe a las personas que la ven. La pureza de su alma se refleja en su mirada; tiene horror a las menores faltas y combate escrupulosamente aquello que cree inspirado por el espíritu del mundo. Su tolerancia y paciencia con los caracteres difíciles, su bondad, la hacen ganar a todas, porque todas sienten el interés que tiene por sus almas. Su solicitud maternal, se extiende a las Hermanas que se alejan de la Casa. Una de ellas afligida por varios cambios sucesivos, recibió la siguiente nota: *“Considérese como el acerico de Nuestro Señor y déjele clavar en usted sus alfileres, porque bien sabe El lo que le conviene a usted”*.

Una Hermana joven, enferma, que le comunicaba sus temores de que la Comunidad la devolviese a su familia, se sintió en extremo consolada con estas palabras de Sor Samulowska, que no tardaran en realizarse: *“Tenga confianza en la Santísima Virgen. Ella la quiere aquí y aquí la conservará. Las verdaderas vocaciones no se pierden. Hagamos juntas una novena a nuestra Madre del Cielo, ella la curará. Es una prueba que el Señor ha permitido, como a menudo permite en los primeros años de vocación, y debe servir para fortalecer su amor a ella, hacer de usted una Hermana fervorosa”*.

Otra Hermana refiere también el hecho siguiente: “Estaba yo haciendo el Postulantado en el Hospital General al mismo tiempo que mi hermana menor. El día del cumpleaños de mi padre, me llegué tímidamente a Sor Asistentita para pedirle permiso de rezar una Avemaría por sus intenciones, ya que, por primera vez, sus hijas no podrían felicitarle. Con afable sonrisa accedió a mi deseo, pero por la tarde me mandó llamar y me dijo: *“Mañana podrán dar un abrazo a su padre. Le he avisado y vendrá a verlas”*. Y entregándome dos paquetes, añadió: *“Le ofrecerán este recuerdo”*. Mi padre profundamente conmovido por nuestra felicitación, exclamó: *“¡Que nobleza la de vuestra Comunidad, pues se encuentran en ella corazones como el de Sor Asistentita!”*

Esta bondad se extendía a todos; ejercía una influencia extraordinaria en los médicos y estudiantes del gran Hospital. Uno de estos estudiantes de otra época, al enterarse de la enfermedad de Sor Samulowska, fue a verla y en la conversación evocó recuerdos del pasado: “¿No se acuerda usted, Sor Asistentita, de lo que me ocurrió cuando era estudiante? Era un día de fiesta. Todos mis compañeros habían salido y me quedé solo en el patio. En esto, acertó usted a pasar y me preguntó qué hacía allí: “Estoy estudiando”, le contesté- *“¡Está usted estudiando!...”* repitió poco convencida. Y al cabo de unos instantes, volvía con un sobre que contenía lo que me faltaba para ir a la fiesta. Había usted adivinado la causa no confesada de mi celo por el estudio. El tiempo ha pasado, pero esas cosas no se olvidan”.

Algunos acontecimientos más salientes subrayan con emociones diversas estos largos años de incesante trabajo.

En 1920, aun antes de que las ruinas acumuladas por los temblores de tierra se vieran del todo levantadas, la guerra civil se desencadena en la capital; afortunadamente, no hay que lamentar ninguna víctima en nuestras cinco casas, pero la situación del Hospital es verdaderamente crítica durante una semana: atestada de heridos y careciendo de agua.

Sin embargo, gracias al esfuerzo general, todo vuelve rápidamente a la normalidad, ya que al año siguiente, en su visita oficial a las Obras francesas en Guatemala, el General Mangin puede hablar en estos términos: “Los hospicios y orfanatos se hallan en manos de las Hermanas de San Vicente de Paúl, que llevan a cabo una labor admirable. Llegadas al país en 1875, en número de ocho, son hoy trescientas; pocas, sin embargo, frente al trabajo que desarrollan. Su contacto

permanente con aquellas gentes es siempre bienhechor; cuidan a los enfermos, sin cesar renovados en los hospitales; educan a los niños, cuyas generaciones se suceden y se muestran en todo momento dignas de admiración. Su inalterable abnegación se prodiga a veces hasta el heroísmo, sin esperar recompensa alguna en este mundo. Al visitar el Hospital de Guatemala, he podido comprobar el buen estado de este establecimiento modelo, que causaría admiración en todos los países de Europa. El Director me hizo notar que los médicos de América Central se ponen en contacto con la ciencia por medio de labios franceses, se vanagloria de ser discípulos de los mejores profesores de París”.

Si el nombre de Sor Samulowska no aparece en estas líneas, es fácil sin embargo, deducir la parte que le corresponde en el elogio, sobre todo sabiendo las calamidades que pesaron sobre el Hospital.

El Decreto de la Santa Seda acerca del cambio regular de Superiores locales, ocasiona la salida de Sor Samulowska del Hospital General para encargarse del Hospicio de la misma ciudad, donde se encuentra en su elemento en medio de la multitud de niños que pueblan la Casa, lo mismo que entre los enfermos, porque su espíritu de fe la ayuda a ver en unos y en otros al Divino Maestro. Con los pequeños de la Cuna, deja desbordar su ternura: *“Quieran y cuiden bien a sus Jesusitos – recomienda a sus compañeras- trabajen sobre todo en sembrar en sus almas el reconocimiento y el amor de Dios, porque si así lo hacen, en cuanto se extravíen más adelante en la vida, llegarán a reconciliarse con Dios y les estarán eternamente agradecidos. Depende de ustedes”*.

Vuelta al Hospital, los últimos diez años de su vida no son sino una larga serie de pruebas, aceptadas de corazón del todo sometido al Divino Querer. Cambio de Gobierno, cambio de Administración. La casa queda convertida en un verdadero campo de batalla. A las exigencias modernas se añaden sospechas, injusticias, amenazas. La Escuela de Enfermeras, fundada por la inolvidable Sor Galloti y fruto de los esfuerzos y sacrificios de las Hermanas, pasa a manos seculares en 1940. Privada de toda autoridad, Sor Asistentista comprende la necesidad de hacer estudiar a sus Compañeras, para evitar el que se las sustituya por enfermeras: unas siguen los cursos por correspondencia, otras se matriculan en la Escuela nacional y tres de ellas marchan a los Estados Unidos para perfeccionarse.

“*Ya no soy nada...*”, comprueba sencillamente Sor Samulowska. Su alma humilde y fuerte, no se turba por la situación.

La Santísima Virgen, de quien habla sin cesar, la sostiene en sus dificultades, como también en su larga y penosa enfermedad. Su íntimo deseo: morir rápidamente, para no necesitar ningún cuidado especial, no entra en los designios de Dios, que la juzga digna de sufrir más el último año en la tierra –el Año Santo- es un verdadero martirio: un cáncer incurable en la cara, le hace dar toda su medida de paciencia. Cuando el dolor es demasiado intolerable, aclama: “*! Jesús, Jesús mío ¡*” y sus lágrimas corren en silencio.

Por fin, el 6 de diciembre de 1950, mientras Sor Directora rezaba el “Acordados” como conclusión del rosario de la Inmaculada, que sus compañeras habían rezado en torno a su lecho, al alma de Sor Samulowska, voló a contemplar en el Cielo a Aquella que ya en la tierra se había dignado manifestarle su glorioso privilegio.

**Oración para obtener gracias
por intercesión de la Sierva de Dios,
Sor Bárbara SAMULOWSKA**

Dios Todopoderoso y misericordioso, te damos gracias por las apariciones de la Virgen María a Bárbara Samulowska en Gietrzwald y por el testimonio de su vida de Hija de la Caridad.

Señor, autor de todo bien, te suplicamos humildemente nos concedas, por la intercesión de tu Sierva, las gracias que necesitamos para amarte y Servirte en nuestros hermanos.

Dios, Fuente de toda santidad, te pedimos también la gracia de la beatificación de Sor Bárbara Samulowska, para que su vida enteramente entregada a Dios, en comunidad para el servicio de los pobres, suscite en numerosos cristianos el mismo dinamismo de caridad evangélica.

NOTICIAS BREVES

Obtención para la Compañía, del Estatuto consultivo ante el Consejo económico y social de la ONU.

La Compañía de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl **ha obtenido el 22 de enero de 2007** el Estatuto consultivo ante el Consejo económico y social de la ONU. **La Compañía ha sido reconocida en este marco como un Organismo no gubernamental** que se enfrenta a las causas de la injusticia, promueve la promoción integral de la persona humana y favorece el restablecimiento de la paz.

El Consejo económico y social es, en virtud de la Carta de las Naciones Unidas, el órgano principal de coordinación de las actividades económicas y sociales de la ONU y de sus organismos e instituciones especializadas. Este Consejo examina las cuestiones económicas y sociales internacionales, que revisten un carácter mundial. Emite, para los Estados Miembros y en el conjunto del sistema de las Naciones Unidas, recomendaciones prácticas sobre estas cuestiones. Al Consejo le compete también formular recomendaciones sobre cuestiones internacionales en los ámbitos económico, social, cultural, educativo, salud pública y en otros similares y favorecer el respeto efectivo de los derechos humanos y de las libertades fundamentales para todos. También tiene por misión consultar a los organismos no gubernamentales interesados por los asuntos que le competen. Reconoce que estos organismos –de los cuales la Compañía ahora forma parte oficialmente- deben poder dar sus puntos de vista y que a menudo tienen una experiencia o unos conocimientos particulares que pueden serles útiles en sus trabajos.

Sor Margaret John Kelly que nos ha ayudado a elaborar y a presentar el expediente de admisión. Sor Germaine Price va a representar a la Compañía en el Consejo económico y social de la ONU.

25 años de vocación de las primeras Hermanas de la Provincia de África Central.

En 1981 las tres primeras postulantes de Burundi y Rwanda, comenzaban su Seminario en Bujumbura. El 14 de junio de 2006, estas primeras Hermanas, han

celebrado sus 25 años de vocación. A pesar de las pruebas y los riesgos que abatieron su país, las Hermanas no han cesado de atestiguar, por su perseverancia que la aventura de amar es posible. *“Grandes aguas no pueden apagar el amor, ni los ríos anegararlo” (Ct 8,7).*

Hoy, continúan dando testimonio sencillo y profundo de servir a Cristo en la persona de los pobres; la alegría de pertenecer a una Compañía internacional que se esfuerza en diseñar por toda la tierra, un arco iris en medio de las nubes. Estos 25 años, ricos en generosidad y verdadera fraternidad, están también llenos de promesas y de esperanza para el futuro. (Provincia de África Central).

Una Luz en la noche

La noche del 30 de septiembre de 2006, Nápoles, celebró “la noche de la luz”: 8 iglesias estuvieron abiertas toda la noche para proponer a todos los que lo desearan tiempo de oración, adoración eucarística, cantos, representaciones evangélicas...El Arzobispo de Nápoles quiso celebrar con los jóvenes esta “noche misionera” y que ellos anunciaran a todos que entre tantas luces hay una que no se apaga nunca: Jesucristo.

Tras una jornada de preparación, el obispo envió en misión a jóvenes, laicos, religiosos(as), sacerdotes. Nosotras, las Hijas de la Caridad, fuimos a la parroquia de santa Catalina en Chiaia. Más de un centenar de personas vinieron a la parroquia para rezar con nosotras. Este tiempo fuerte permitió vivir juntos una experiencia de fe y verdadero intercambio de vida.

En la catedral, el Obispo pasó muchas horas en el confesionario y fue testigo de esperanza. Gracias a su iniciativa, alrededor de 2000 personas vivieron durante esa noche, un tiempo fuerte de fe, oración e intercambio de vida. (Provincia de Nápoles).

Introducción

« Una institución que olvide su propio pasado, logrará difícilmente situar y definir su función entre los hombres en función de un contexto social, cultural y religioso determinado ».

Este recuerdo de nuestros orígenes, nos estimula hoy a programar la transmisión del patrimonio espiritual legado por san Vicente de Paúl y santa Luisa de Marillac, transmisión como momento de la tradición, memoria de la evangelización e instrumento pastoral.

El descubrimiento del patrimonio cultural de la Compañía en el transcurso del año 2006, ha maravillado a 1.514 visitantes: Hijas de la Caridad, Sacerdotes de la Misión y los que familiarmente llamamos “vicencianos” de todos los países. Este patrimonio materializado, corresponde a autógrafos, manuscritos, impresos...documentos administrativos desde la Fundación; expresiones artísticas: pinturas y estatuas.

Después de un intercambio, evaluando a posteriori estas visitas, el problema de la transmisión de nuestros tesoros espirituales y culturales a la totalidad de Hermanas de todo el mundo, provocó algunas constataciones serias: no todas las Hermanas, tienen el gozo de venir a la Casa Madre. Las traducciones necesarias de los textos no existen en todas las lenguas; algunas Provincias recientes no tienen siempre estos textos a su disposición. Por eso no ha parecido que los Ecos eran un buen medio, entre otros, para colmar el deseo de un mejor conocimiento.

Tras un acuerdo con la comisión de los Ecos, las Hermanas de los Archivos proponen el tema siguiente: **“Nuestros Santos Fundadores y la atención a la vida”**.

Durante el año 2007, en el capítulo “Historia de la Compañía”, cada número ofrecerá el comentario de un texto de nuestros Fundadores. San Vicente y Santa Luisa, nos hablarán por los actos, dándoles el significado en la vida diaria.

“Entregadas a Dios”. Gracias a las Hermanas traductoras, todas las Hermanas podrán así “beber de la fuente” y como María “meditar en su corazón”.

Sor Claire HERRMANN
Hija de la Caridad

FUENTES Y ACTUALIDAD

El Oficio de la Cocinera visto por Santa Luisa

Luisa de Marillac, mujer precavida y organizada, reconoció en seguida la necesidad de un Reglamento para los diferentes oficios de la Compañía naciente.

Mientras que la mayoría de los Escritos espirituales nos transmiten su numerosa correspondencia entre 1627 y 1660, la obra se termina por sus Pensamientos, donde los reglamentos ocupan un sitio importante. Las fechas no son muy precisas. El tema que nos ocupa se sitúa en el período entre 1633 y 1647. En los artículos E48 (A91 bis) y E 91 (A92), Luisa trata del Reglamento particular detallado. Así es para el oficio de la cocinera.

Este oficio, a menudo, ha sido considerado como un servicio bajo y humilde. Ahora bien, Luisa dice que “es uno de los más importantes para el Reglamento de la casa”. También dirá sobre el mismo tema: “servir a las Hermanas o a los Pobres es servir a Nuestro Señor”.

Para cumplir bien su servicio, la hermana cocinera debe dar muestras de algunas cualidades profesionales indispensables.

Debe ser **previsora**: “*Cuidará de tener preparada, ya desde por la noche agua suficiente para poder poner la olla por la mañana temprano, y lo mismo la leña*”. Esta previsión debe ejercerse también a lo largo de todo el día. “*Toda la*

mañana trabajará con diligencia, informándose con tiempo de lo que tenga que poner para comer”.

Lo mismo, *“Empezará a las 5 a preparar la cena, a no ser que haya enfermas o ejercitantes porque en tal caso empezará a las 4 y media”.*

La previsión de la cocinera se manifiesta en la exactitud y la preocupación de la hora. No se trata de apresurarse en el último minuto. Se trata de estar a punto y no hacer esperar a nadie, sobre todo a los enfermos o a las personas de paso. *“Será muy puntual en tenerlo todo listo para la hora de la comida a las 11 y media y de la cena a las 6 en punto.”. “Si algún día ocurriera que no se hubiera picado la verdura la víspera, pedirá le dejen una Hermana para que la ayude, haciendo lo mismo los días en que lo necesite antes de dejar de tener la comida dispuesta para las 11 y media”.*

“Ordenará lo que ha de preparar de tal manera que haya siempre igual cantidad de raciones”.

Si la previsión es necesaria, el **saber-hacer** lo es mucho más. Luisa habla por experiencia. Fue formada en las tareas de casa cuando estuvo en una pensión. Puso mayor atención en este servicio cuando fue madre y esposa. Para ella, el saber hacer, consistía en servir bien las comidas y sobretodo el cuidado de su presentación. Espuma el puchero, utiliza hierbas.

« Se las ingeniará para que la carne no esté ni demasiado pasada ni medio cruda; cuando se trate de carne guisada en trozos preparará la salsa como es debido ni demasiado picante o salada o con demasiada vinagre, ya que todo esto es perjudicial para la salud; pero tampoco debe estar sin sazonar de tal manera que resulte incomible para las Hermanas”.

Debe tener un cuidado particular en la preparación de los platos para las enfermas, cuyo apetito ha de estimularse. *“Cuando haya Hermanas efectivamente enfermas, tendrá que redoblar su esmero para preparar buenos caldos, pensando que la manera de prepararlos más que la cantidad de carne que eche, hace que resulten sabrosos y agradables a las enfermas...Al preparar la sopa, cuidará de guardar siempre caldo para que lo tomen las enfermas por la noche”.*

“Cuando sepa que alguna está delicada o muy inapetente le dará con caridad lo mejor que tenga y lo que le parezca más adecuado para su enfermedad”.

Luisa pide una **gran limpieza** a la hermana encargada de la cocina. Depende la calidad de su servicio y la caridad con respecto a los que sirve.

“Procurará con esmero estar limpia ella misma y cuidará de que lo esté todo lo que haga, para evitar que haya nada que pueda repugnar en la sopa o demás raciones”.

«Tendrá cuidado de preparar la comida con prontitud y lo mejor que pueda de tal manera que su esmero en esto supla los manjares más exquisitos que se sirven en otras Comunidades”.

La Hermana cocinera debe tener cuidado también de **ser justa**. *“Dicha Hermana necesita gran caridad y prudencia para no dejarse ir a dar a unas más que a otras, no teniendo otro miramiento que su obligación, que debe impulsarla a amar y a dar por igual a todas las Hermanas lo que necesiten”.*

En todo momento, hay que actuar con calma y ponderación, evitar la precipitación, favorecer el silencio. Como la cocina es un lugar propicio para las quejas y recriminaciones, *“Recibirá con humildad las advertencias y reprimendas que se le hagan, y tendrá voluntad de aprovecharse de ellas”.*

”Y una vez que haya cumplido su deber en todo, se la exhorta a que no se aflija ni inquiete por las quejas que algunas Hermanas podrían dar de que preparara demasiado o no preparara bastante o lo preparara mal, ni incluso si esas personas descontentadizas la acusaran de tratarse mejor que las demás, haciendo por aprovecharse de esas críticas, soportándolas con mansedumbre, y se consolará pensando que también criticaron a Nuestro Señor cuando servía al prójimo, alegrándose por ello al no sentirse culpable”.

Además de las cualidades que le son específicas, la hermana cocinera **tendrá cuidado de ser fiel a los ejercicios de piedad de toda la Comunidad...** aunque las necesidades del servicio de vez en cuando exijan algunos arreglos.

“Irás, a la Capilla como las demás a las 4 y media, hará la oración en paz y saldrá después del toque del Ángelus para ir a encender la lumbre y poner la Olla, de la que no se separará hasta que esté hirviendo y la haya espumado; después de encender la lumbre, podrá, en la misma cocina terminar el rezo que se hace en ese momento, sin dejar de vigilar el fogón”. “Después de haber espumado el puchero, irá a Misa, a no ser que haya algún enfermo a quien se tenga que dar un caldo, en cuyo caso lo preparará, yendo después a Misa con el debido permiso”.

Hará lo mismo para los ejercicios de la tarde:

“Cuando ya lo tenga todo en marcha, irá a la capilla a las 5 y media para escuchar la lectura y hacer un cuarto de hora de oración, yendo a terminarla a la cocina, para que pueda estar lista para entregar las porciones cuando las Hermanas vayan al refectorio.”

La unión a Dios favorecerá en ella la caridad, la afabilidad, la justicia. *“Dicha Hermana necesita gran caridad y prudencia para no dejarse ir a dar a unas más que a otras, no teniendo otro miramiento que su obligación, que debe impulsarla a amar y a dar por igual a todas las Hermanas lo que necesiten”.*

Un último punto de este reglamento parece fundamental, pues traduce la actitud que debe tener toda Hija de la Caridad. *“Es necesario que siempre, ya sea dando ya negando, lo haga con dulzura y agrado.”*

Santa Luisa insiste muy a menudo sobre la dulzura y la recomienda a sus hijas, porque esta, está íntimamente unida a la caridad y a la humildad.

Por último, si estos consejos se dirigen a la que hace el oficio de cocinera, pueden referirse a todas las formas de servicio de una Hija de la Caridad.

A través de este reglamento para las Hermanas cocineras, podemos también descubrir las grandes cualidades de Santa Luisa. Es una mujer sensata, organizada, atenta, buena, delicada. Nos enseña que las tareas materiales, pueden tener un valor sobrenatural, si las desempeñamos en el amor de Dios y en los demás.

Después de estas consideraciones sobre el reglamento de la Hermana cocinera, sería bueno releer el texto íntegro de los Pensamientos de Luisa de Marillac, contenidos en los Escritos espirituales –Ed. CEME- E 48 (A 91 bis), Pág. 740 y E 91 (A 92), Pág. 795

Sor Aline GRODZISK
Servicio de Archivos

Madre Susana Guillemín
Hija de Dios - Hija de la iglesia
Superiora general de la Compañía
1906 – 1968

«La conversión que buscamos: descubrir que el Concilio no transcurrirá sin nosotros. Constituye una etapa de la vida de la Iglesia, de la que formamos parte; una acción de Dios en su Iglesia, que pasa a través de todo el cuerpo eclesial, de la cabeza a los miembros. Si nuestra mentalidad, nuestra vida, algunas costumbres de los cristianos no quedaron renovadas y transformadas por el Concilio, sería señal de que el Concilio no había tenido éxito. Porque es toda la Iglesia la que se encuentra en estado de Concilio».

(Mons Lochet).

Estas líneas utilizadas por Madre Guillemín para poner a la Compañía en “estado de Concilio”, nos ponen ya en el camino la conducción de la Compañía durante su generalato. La riqueza de su personalidad, se expresará en el comentario del propósito para atribuirla a la Compañía toda entera.

*“En este cuerpo eclesial de que aquí se trata, la pequeña Compañía se integra en el humilde lugar que nos corresponde como Hijas de la Caridad, Siervas de los Pobres Enfermos. Con los demás miembros de la Iglesia, ella también está llamada a entregarse por entero al trabajo del Concilio, a tomar parte, desde su esfera, en esa magna revisión de vida eclesial, en esa magistral reflexión apostólica. La gracia de un nuevo Pentecostés va a pasar sobre el mundo, **sobre nosotros**, con su luz y su fuerza. El Espíritu Santo, no faltará a la Iglesia reunida en Concilio, pero ¿no podríamos nosotras faltar al Espíritu Santo?... Ahí están, en toda su verdad, las palabras evangélicas: “Comprenda quien pueda”. Pues bien, no oiremos, no comprenderemos la voz del Espíritu Santo si no es con determinadas condiciones, merced a determinadas disposiciones interiores, no nuevas pero sí renovadas. Para descubrirlas, nos bastará dirigir nuestro*

pensamiento hacia el espíritu, eminentemente evangélico, de los orígenes de la Compañía, espíritu que entregó a nuestros Santos Fundadores a merced de la acción de Dios e hizo de ellos admirables servidores de la Iglesia: los corazones humildes y sencillos, las almas encendidas en caridad atraerán la gracia del Concilio y la harán fructificar en la Iglesia.”.

Este preámbulo, un poco largo, era necesario para entender hasta que punto, Madre Guillemin dejaba hablar a Dios antes que nosotras. De su vida interior, ella hablará poco, pero respiraba Dios y vivía con El en una intimidad familiar...Con motivo del centenario de su nacimiento, Madre Guillemin, ha sido a menudo, el tema de conversación de las Hermanas, sin conocerla verdaderamente. Durante este año, 2007, mediante algunos rasgos fuertes de su vida, la veremos vivir en su relación a Dios y a la Iglesia, al Servicio de la Compañía y al servicio de la Iglesia; como solía decir “vivir la hora actual en Hija de la Caridad”. Seguiremos el plan siguiente:

Introducción: Susana Guillemin en familia.

I – Susana Guillemin, Hija de la Caridad

- Los primeros años de vocación
- Hermana Sirviente en San Bernard de la Chapelle
- Hermana Sirviente en Tourcoing y Visitadora.

II – Al Servicio de la Compañía

- La Central de Obras
- Ad intra: organización material y administrativa
- Ad extra: relaciones civiles y eclesiásticas.
- Participación

III – A la cabeza de la Compañía

- Organización administrativa
- Conocimiento de las Provincias
- Formación
- Enseñanza: vivir la hora actual en Hija de la Caridad.

IV – Al servicio de la Iglesia.

-El Concilio: su integración a los trabajos del Concilio.

V – Al servicio de la Iglesia después del Concilio

-Aggiornamento de la Compañía

-El mensaje del Concilio a las religiosas, a los laicos comprometidos, a la Misión obrera.

VI - Apéndice

Introducción

SUSANA GUILLEMIN EN FAMILIA

Susana Guillemín nació hace cien años, el 16 de octubre de 1906 en Rethel, pueblecito de los Ardennes, en Francia. Su padre fue considerado como un hombre de gran valor en el pueblo. Después de la Primera Guerra mundial, fue elegido Alcalde de Rethel; dirigió las obras de reconstrucción del pueblo, casi destruido.

La Señora Guillemín, hará algunas confidencias sobre la infancia de Susana cuando ella pronunció los votos por primera vez: “siempre fue una niña encantadora, dócil, muy estudiosa –lo que no impedía las peleas con Pedro, su hermano mayor, dos años más que ella...”

De los 8 a los 11 años, durante la Primera Guerra mundial, vivirá en París, con su madre y su hermano. “*Esta era la vida de los niños en París, decía, jugaba a los patines y al patinete sobre las aceras de los Campos Eliseos*”.

Susana, era brillante en los estudios, muy dotada para el dibujo y las bellas artes. “*Tenía mucho gusto, decía su hermano Juan y un gusto por lo “bello” muy desarrollado. Este gusto era en ella, un cierto homenaje a Dios y a su creación. Las cosas feas le daban pánico, sobretudo las edificios suntuosos consagrados a Dios*”.

Más tarde, Susana se hizo notar por un buen carácter, una personalidad firme. Hacia los 17 años, poseía un dominio de ella misma excepcional, una voluntad de perfección constante, una piedad inaudita: misa matutina todos los días, incluso en vacaciones.

I –SUSANA GUILLEMIN,

HIJA DE LA CARIDAD

LOS PRIMEROS AÑOS DE VOCACIÓN

En 1927, entró con las Hijas de la Caridad; tomó el hábito en 1928 y su primer destino fue San Bernarda de la Capella, en el distrito 18 de París, donde a lo largo de diez años será Sor Catalina.

Su Superiora, alma profundamente interior, animada de un gran amor por los pobres, le marca profundamente: en su santidad y en el “sentido del pobre”. Se le confió el dispensario. La esperaba todos los días, una numerosa clientela sufriendo: desde niños de pecho a las pobres mujeres aquejadas de úlceras varicosas. Por la tarde visitaba a los enfermos y a los pobres.

Los jueves tenían otro rostro: las catequesis, el patronato y a menudo la salida al Bosque de Boulogne con una turbulenta banda de 70 a 80 niños, verdaderos “chiquillos de París” que se empujaban a cual más en el metro en un alboroto “horroroso”.

En 1932, cambio de Hermana Sirviente. Sor Camman ayudará a Sor Catalina en la preparación de los santos votos. En 1934, se le confió la Asociación de las Hijas de María, entonces floreciente, sin cambiar sus otras ocupaciones.

Un espectáculo de alto valor educativo: **La Pasión del Salvador**, fue realizado en el marco del gran Patronato. Ella velaba porque las escenas dieran la ocasión de adquirir una cultura artística y literaria de calidad. Esta Pasión fue retomada los años siguientes, dos veces por año: el domingo de Pasión y el de

Ramos. Y más tarde, encontró el tiempo para componer una Pastoral que fue representada en Navidad en 1947 y 1948, con un éxito parecido.

HERMANA SIRVIENTE EN SAN BERNARD DE LA CHAPELLE

1938, Sor Catalina fue nombrada Hermana Sirvienta en su casa. La vida continúa. Estará diez años, a lo largo de los cuales, sus dones naturales y sobrenaturales florecerán a su gusto. Yendo siempre más allá, nada la detenía para ayudar a sus compañeras física y moralmente. Se preocupó de su formación humana, cultural y espiritual. Su juicio tan seguro, ayudó a cada una a equilibrarse.

Es imposible silenciar dos acontecimientos que Sor Guillemín vivió con valentía y dominio de sí. Durante la guerra de 1939-1945, la casa de las Hermanas era un puesto de socorro para la Defensa Pasiva fuera de las alertas. Una vez tomadas, las disposiciones preventivas, a las Hermanas sólo se las llamaba si era necesario. Dos circunstancias trágicas perturbaron esta aparente tranquilidad.

1940: los refugiados de Bélgica y del Norte de Francia, iban hacia París. Sor Guillemín acogía en su Casa a muchas de estas pobres gentes con todo el tacto y celo que se puede esperar de una verdadera Hermana de San Vicente de Paúl: hospedaje, abastecimiento, cuidados y sobre todo caridad cordial e incansable.

El otro acontecimiento fue en abril de 1944; atentó profundamente la vida de la Casa, bombardearon despiadadamente el barrio en plena noche. Es el párroco quien no puede impedir de admirar la valentía y el dominio de la Superiora en esta catástrofe para llamar a los socorros: evacuación de las personas mayores y de las jóvenes del Hogar en casas vecinas, acogida de unos pobres cuya casa había sido destruida; apósitos a los heridos, cuidados de emergencia a los heridos graves mientras esperaban la llegada de las ambulancias. Todo fue organizado con rapidez, sangre fría y lucidez juiciosa en medio de la confusión inicial y el enloquecimiento general.

Nadie pudo parar el arranque de su caridad. En París comenzaron a faltar los víveres. Nadie se atrevía a coger las hortalizas en los campos cavados por los V2³, pero se daba la autorización para hacerlo. Recogieron muchas provisiones para encauzarlas hacia París con los transportes improvisados. Todo su ser se movilizó al servicio de la caridad.

HERMANA SIRVIENTE EN TOURCOING Y VISITADORA

El 1 de abril de 1948, llegó a Tourcoing como Hermana Sirvienta de la Casa y Visitadora de las Comunidades del Norte de Francia. En una carta, describe la casa: *“En Tourcoing, tengo 13 Hermanas, dos mayores, tres que no han hecho los votos y las otras de todas las edades. Visita a los pobres de 6 parroquias, orfanato, taller profesional, casa vieja, fea y sombría, pero de una limpieza meticulosa. Buen espíritu, verdaderas obras de pobres. No hay asistenta presente o prevista, pero me haría falta una. Los dos cargos son imposibles de llevar juntos”*.

Veamos a Sor Guillemin manos a la obra. Empezó activamente la modernización de su casa, habilita la capilla, trazando ella misma los planos. Se ocupa de encontrar una casa para las vacaciones de los niños del orfanato, pues tenía la preocupación de su felicidad y desarrollo.

Al mismo tiempo, debía asegurar la carga de la importante Casa de niños en Tourcoing y asumir la función de Visitadora de la región Norte, lo que significaba 48 establecimientos, entre los cuales 10 hospitales y hospicios, 23 casas de caridad con obras polivalentes. Otras diez de estas, estaban insertadas en las importantes cuencas hulleras.

Sor Guillemin cumplía su oficio de “Veladora” con comprensión, respondiendo a la primera llamada con una fe profunda, sin contar con el pasar del tiempo o la pena.

La confianza en la Providencia, le valió algunos auxilios del Cielo. Reconocía las dificultades para colocar a los niños antes de los 6-7 años. Como siempre, esperaba una indicación providencial; esta vino sin tardar: en un mes llegaron cuatro niñas entre 11 y 18 meses cuyos casos eran tan trágicos, que le

³ V2 : deflagrador portador de explosivos en gran radio de acción utilizado en la Segunda Guerra Mundial

pareció imposible rechazarlas...llegaron hasta veinte bebés. En la ciudad, se hablaba del orfanato y del dinamismo de la Superiora. Un día, la Casa tuvo la visita de un consejero municipal, encargado de verificar el estado de los lugares. Se sorprendió de no encontrar la instalación sanitaria...Cuando el inspector se marchó, Sor Guillemin, sencillamente dijo: “*¡Probablemente dos horas perdidas... en fin!*”!

El resultado no se hizo esperar. Gracias a esta visita, la modernización completa del orfanato pudo comenzar.

Para continuar la obra, Sor Guillemin tuvo la iniciativa de un Consejo técnico de administración, comprendiendo industriales, bienhechores de la obra para reflexionar juntos en los problemas del momento: “*los externos tienen, a menudo, otra mirada sobre el mundo*” decía.

La circunscripción del Norte de Francia.

Su misión consistió en hacer el enlace entre los Superiores Mayores de entonces y las Casas, las Obras y particularmente las Hermanas. Sor Guillemin estaba penetrada de la necesidad, por un lado, de la apertura sobre los problemas comunitarios y por otra parte, los problemas sociales. De ahí surgen las visitas regulares para profundizar en el conocimiento de las casas y sobretodo, de las Hermanas con las cuales ella quiso personalmente tener relación. Veló especialmente por las jóvenes Hermanas Sirvientas; las seguía con la mayor atención. Los retiros de las Hermanas de Tourcoing, eran objeto de un cuidado particular, en cuanto a los detalles y a la organización material. Cuando se iban, ayudaba a poner orden...

El día en que salió de Tourcoing, bajo un cielo cubierto de nubes negras, dijo a la Hermana que la acompañaba: “*los mayores nubarrones, tienen siempre su franja de oro*”

(Continuará)

Sor Claire HERRMANN,
Servicio de los Archivos

Algunas máximas de Luisa de Marillac⁴

Página 355, n° 71

¡Hijas de la Caridad, reflexionar sobre el nombre que lleváis! Es una advertencia continua: tenéis la obligación particular de trabajar en la práctica de esta gran virtud.

Página 357, n° 81

La perfección no consiste en el estudio apenado de lo que pasa en nuestro espíritu, sino en el esfuerzo por servir a Dios y a los pobres, en el recogimiento interior, en medio de las ocupaciones y en la sumisión a la voluntad de Dios. He aquí la verdadera caridad.

Página 360, n° 93

En tantas ocasiones como tenemos para sufrir, ejerzamos la dulzura, la paciencia; tengamos un gran corazón que no encuentre nada difícil por el santo amor de Dios

Notas

⁴ Extracto de « Luisa de Marillac, viuda de M. Le Gras – su vida, sus virtudes, su espíritu » Tomo segundo presentado por el Padre Fiat – 1886- Edición francesa.

